

Llevada al harén del Jeque

Diana Fraser

LLEVADA AL HARÉN DEL JEQUE

LOS JEQUES DE HAVILAH

LIBRO CINCO



DIANA FRASER

Llevada al harén del jeque
por Diana Fraser

Un poderoso jeque, una académica feminista y un harén...

2025 Diana Fraser
dianafraser.com

-Los jeques de Havilah-
El bebé secreto del jeque
Comprado por el jeque
La amante prohibida del jeque
Ríndete al jeque
Llevada al harén del jeque

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor y se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es casual. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación de datos, salvo en los casos permitidos por la Ley de Propiedad Intelectual de EE.UU. de 1976, sin permiso previo del autor.

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Epílogo

Postfacio
La venganza del jeque por Seducción
Otras Obras de Diana Fraser

PRÓLOGO



ASHLEY MAITLAND PASÓ LA MANO POR EL BORRADOR DE SU MANUSCRITO Y SE LO ENTREGÓ A Xander, que leyó el título y soltó una carcajada. Se lo devolvió directamente. Ella se lo arrebató.

"¿Qué?"

"Ese título". Volvió a sacar el manuscrito para releer el título. "Mujeres en harenes: ¿conquistadas concubinas o diosas domésticas?". Es sensacional, ¿no? Creía que los académicos preferíais algo más seco".

"Elegí algo 'más seco', pero mi jefe de departamento dijo que necesitaba algo más...". Dudó mientras intentaba encontrar una descripción que no degradara su trabajo. Se dio por vencida.

"¿Salaz?" Xander sugirió.

Ashley se encogió de hombros, negándose a aceptar. Le quitó el manuscrito de las manos. "Mi profesor dijo que necesitaba un título sexy si quería que me lo publicaran".

"Habría pensado que eso violaría tus principios feministas", dijo con una sonrisa irónica.

"Habrías pensado bien". La metió dentro de su maltrecha mochila. "Pero tengo que pensar en mi futuro".

"Ah, claro, todavía crees que en tu universidad hay igualdad de oportunidades. Te digo, Ashley, las oportunidades son más iguales para el macho de la especie".

"¡Te equivocas!" *Tenía* que estar equivocado. Una buena carrera profesional que culminara con una cátedra era todo lo que ella y su madre habían soñado. "Sólo tengo que terminar este libro, conseguir que se publique, y entonces estaré en mi camino."

"¿De camino a dónde? Esa es la cuestión con una tesis tan sexy. Tendrás a todos los profesores deseándote, ¡por todas las razones equivocadas!".

"Mejor que no. No quiero un hombre".

Él se inclinó y la besó en la mejilla y ella sonrió.

"No si no puedo tenerte, claro". Después de casarse con Elaheh, Xander había confesado que, antes de enamorarse de Elaheh, esperaba que Ashley se casara con él. Ella no se había reído tanto, ni durante tanto tiempo, en años. Se había convertido en una broma habitual entre ellos.

Aunque podía apreciar lo guapo y encantador que era, nunca había habido chispa entre ellos. Desde luego, nada parecido a la llama ardiente que se encendía entre Xander y Ela cada vez que se miraban. Ashley miró a Xander y a Ela, que debía estar trabajando con su ayudante al otro lado de la habitación. Se estaban desnudando el uno al otro con la mirada. Ashley apartó la mirada. No quería nada de eso. Nada que la distrajera de su futura carrera. Era lo que su madre se había esforzado tanto por darle: una vida de respeto, aclamación y éxito, no dictada por los hombres.

"Xander". Ella se levantó. "Me voy ahora, llevando mi salaz manuscrito conmigo."

Apartó la mirada de Ela y volvió a ella. “Bien.” La abrazó. “Que te vaya bien en tu investigación”. Levantó las cejas y se rió.

“No sé por qué te ríes”, dijo Ashley, cruzando los brazos sobre su amplio pecho. “Puede que *tú* no tengas un harén, ¡pero apuesto a que tus antepasados sí lo tenían!”. Miró a Elaheh, que ya estaba visiblemente embarazada. “Aunque”, dijo en voz baja, “me imagino que Elaheh podría parecer más de una esposa”.

“He oído eso”, dijo Xander. “Y sí, probablemente tengas razón. Pero sólo es algo bueno cuando se trata de alguien como Ela”. Su mirada se desvió hacia la de su esposa y se enredaron durante unos instantes mientras se hacía el silencio.

“¡Oh, Dios mío!” dijo Ashley, caminando hacia la puerta. “Me alegrará alejarme de todo este asunto del amor. Fue bueno que Elaheh me consiguiera la presentación del rey de Irem. Podría ser exactamente lo que necesito para terminar el libro de un puñetazo”.

La atención de Xander volvió de mala gana a Ashley. “Aparentemente prefiere que se refieran a él como Sheikh Zyir.”

“¿Sólo Sheikh Zyir? Me sorprende”.

“Esas dos palabras conllevan mucho prestigio. Su país no es como el mío, ni siquiera como el de Ela. Será como retroceder en el tiempo, a un mundo medieval”.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Se irguió más, negándose a dejarse asustar por las palabras de Xander. “Espero que esta tierra medieval tenga gasolina para mi moto”.

“Oh, tiene mucha gasolina, y petróleo, y riquezas, así como...” Se interrumpió y pareció indeciso por un momento. No era propio de él.

“¿Además de qué?”

Se encogió de hombros. “Sólo ten cuidado, Ashley”.

“¿Por qué?”, dijo ella, mientras abría la puerta y salía al pasillo, creando una corriente de aire por las ventanas abiertas. “¿Crees que no puedo cuidar de mí misma?”

“Sé que puedes”.

“Además, sólo va a ser una semana, es todo lo que me ha permitido. Soy la invitada del rey, quiero decir, del jeque, y estaré allí poco tiempo. ¿Qué podría salir mal?” Mientras pronunciaba estas palabras, sintió un malestar en el estómago, que se sumaba a su vaga sensación de inquietud. Sus palabras eran pura bravuconería, porque sabía por experiencia que las cosas podían ir mal en un instante, no digamos en una semana.

“Pero Zyir no es como el resto de nosotros. Él es...”

En ese momento, una ráfaga de aire fresco brotó de las ventanas abiertas del otro lado de la habitación, y la puerta se le escapó de las manos y se cerró de un golpe.

Por un momento, Ashley consideró la posibilidad de volver a la habitación y preguntarle a Xander a qué se refería, cómo era el hombre al que iba a ver. Pero entonces recordó la mirada ardiente que Xander había intercambiado con Ela, y siguió caminando. Si este jeque no era como los demás, tanto mejor.

CAPÍTULO 1



"El Dr. Maitland ha entrado en el país, Su Alteza. El control de pasaportes lo confirma".

Los ministros sentados a la mesa miraron a su rey, sorprendidos por la interrupción. Normalmente, prohibía las interrupciones y gobernaba sus reuniones con vara de hierro.

El jeque Zyir de Irem comprendió su sorpresa, pero sabía que se sorprenderían aún más de la dirección que pensaba tomar su país. Y permitir a esta mujer el privilegio de acceder a Irem era un paso estratégico en esa dirección.

"Tráemela en cuanto llegue".

Dio por terminada la reunión con un gesto autocrático de la mano y se acercó a la ventana enrejada que daba a la entrada del palacio y al patio polvoriento, desprovisto de árboles y plantas. Su padre había decretado que el uso del agua como ornamento era un despilfarro. Era una muestra de su poder y de su largo reinado. También eran indicativos del carácter de su padre los jardines privados que el público no veía, donde el agua no escaseaba. Su padre había disfrutado del lujo y la indulgencia en secreto y de la austeridad en público. Zyir estaba decidido a cambiar todo eso, pero sabía que su pueblo no aceptaría cambios radicales. Les gustaba la continuidad, la tradición. Así que sus cambios llegarían despacio, tan despacio que esperaba que apenas se dieran cuenta.

Y en los cambios lentos era donde entraba el Dr. Ashley Maitland. Su acuerdo de que ella pudiera visitarla no fue un error por su parte. No, pretendía utilizar sus investigaciones sobre los edificios y la arquitectura antigua de esta ciudad para mostrar al mundo que, bajo su mandato, comenzaba una nueva era para su país.

Una nueva era para su país, pero no para él. No necesitaba nada más que una vida de tradición. Tenía a sus hijos, ya no tenía una esposa infiel, y tenía a su país. Era sencillo, sin complicaciones y exactamente como a él le gustaba. Todo en su vida estaba cuidadosamente controlado. Todo lo que tenía que hacer era asegurarse de que esta recién llegada, esta extraña en sus tierras, entendiera su papel y se comportara en consecuencia. No debería resultar difícil.

Ashley dio las gracias a los dos guardias que vigilaban el pequeño paso fronterizo en lo alto del puerto de montaña. Volvió a meter el pasaporte en la mochila y se la abrochó a la espalda, saludando por última vez a los guardias, que no parecían poder apartar los ojos de ella. ¿Acaso no habían visto antes a una europea alta vestida con un burka integral en una moto?

Sonrió para sus adentros. Sabía la respuesta. Pero también sabía que tardaría algún tiempo en acostumbrarse a que la miraran. En Inglaterra, nadie miraba a una mujer alta que ocultaba sus

generosas curvas bajo ropa holgada. Y así era como a ella le gustaba. Sabía que si bajaba la guardia, tendría problemas. Como antes.

Ashley subió rugiendo la moto por el estrecho desfiladero y salió de la carretera de grava, que abrazaba la ladera del acantilado mientras descendía hacia las llanuras. Al principio pensó que estaba viendo cosas. Luego se quitó las gafas de sol y soltó un grito ahogado.

Había visto imágenes de Irem, una joya de ciudad enclavada en medio de una inmensa extensión de llanuras desérticas y pedregosas. Pero la escena que tenía ante sí no tenía nada de árida. Hierba verde, fresca y brillante, y flores silvestres de todos los colores cubrían el uadi, normalmente seco, que conducía a la ciudad. Se frotó los ojos. Pero los colores seguían allí: una mancha verde salpicada de carmesí, amarillo, magenta, azul... todos los colores bajo el sol implacable. Entonces recordó las inusuales condiciones meteorológicas que habían tenido: lluvias incesantes y fuera de temporada que habían soplado desde el mar sobre esta tierra normalmente árida. Debió de ser así, dando vida al desierto una vez más, convirtiendo las secas llanuras en una tierra de color y abundancia, como lo había sido siglos atrás.

Sus ojos siguieron el flujo de las flores a lo largo del lecho del río, hasta la lejana luz resplandeciente y el contorno irregular que indicaban su destino: la misteriosa ciudadela de Irem. Levantó el pie del suelo pedregoso, apretó el acelerador e inició el descenso hacia el desierto sembrado de flores. Parecía que su viaje podría depararle algunas sorpresas. Mientras fueran sorpresas como ésta, estaría bien.

Media hora más tarde, llegó a las murallas de adobe que rodeaban la ciudad. Los muros se alzaban hacia el cielo azul, con un ángulo más inclinado que vertical. Sabía que habían cambiado poco en siglos, pero eso era todo lo que sabía. El lugar estaba rodeado de misterio. Los rumores y las leyendas habían crecido a falta de conocimientos reales. Pocas personas habían tenido acceso al país, y sólo gracias a los antiguos lazos de Elaheh con Irem había podido conseguirle a Ashley un visado de entrada. El misterio en torno a Irem se extendía al jeque gobernante y a su familia. Ni siquiera Elaheh podía arrojar mucha luz sobre ellos.

Aparte de que la esposa del jeque había muerto hacía unos años, de que había sucedido a su padre en el trono y de que tenía dos hijos -aunque tampoco se sabía nada de ellos-, se conocían pocos datos más. No había imágenes en Internet, ni libros actualizados sobre el país o su dinastía reinante. Ella tenía en mente una imagen estereotipada de él: de mediana edad, con un parecido pasajero a un ermitaño: barba larga y canosa, rostro enjuto. Mientras pudiera convencer al ermitaño de que le contara todo lo que necesitaba saber sobre los harenes, no le importaba su aspecto.

Ashley no solía ponerse nerviosa, pero sintió un temblor desacostumbrado cuando los guardias abrieron las puertas de la ciudadela y entró despacio, mirando a su alrededor, absorbiendo la antigua arquitectura sobre la que sólo había leído en los libros. Le habría encantado dedicar todo su tiempo a estudiarla -después de todo, había sido su principal interés de investigación hasta el momento-, pero sabía que tenía que centrarse en su futuro, lo que significaba su otro interés de investigación. Los harenes. Necesitaba el contrato del libro para conseguir la titularidad académica, su sueño y el de su madre. Su madre ya no estaba, pero su sueño permanecía.

Mientras conducía, sorteando lentamente a los peatones, que dejaban de hacer lo que estaban haciendo y se volvían hacia ella boquiabiertos, se dio cuenta de que aquel mundo en el que había entrado era muy, muy diferente. Era un mundo con pocos coches y aún menos motos. Era un mundo cerrado, sin viento y tranquilo, de callejuelas estrechas y edificios que se alzaban con el mismo color suave de adobe y arcilla que el desierto que lo rodeaba.

Sabía adónde ir. No cabía duda. Por encima de la ciudad se alzaba el antiguo palacio de Irem, dominante y dominado por el soberano absoluto de este país misterioso y único.

Parecía que la esperaban, y las puertas se abrieron cuando se acercó. Condujo hasta el patio central del palacio. Aparcó donde le indicaron y se ajustó el pañuelo y la abaya.

"Por aquí, señora", dijo un criado beduino haciendo una reverencia.

"Gracias.

Se echó la mochila al hombro y le siguió por el patio.

De repente, sintió que se le erizaban los pelillos de la nuca y miró hacia su izquierda. Alguien se movía detrás de las ventanas enrejadas sin cristales. Luego desapareció de nuevo. Se encogió de hombros. Supuso que tendría que acostumbrarse a que la observaran: era una extraña en una tierra muy extraña.

Ashley siguió a la sirvienta por un pasillo en forma de claustro que recordaba a una catedral medieval, con su suelo enlosado de piedra y sus arcos en los que la piedra estaba tallada en forma de decoración, que el tiempo y el tacto habían ido difuminando con el paso de los años. El propio suelo que pisaba estaba hundido en el centro, donde los pies de la gente habían desgastado la pálida piedra a lo largo de miles de años.

A pesar de sus antiguos orígenes, su diseño proporcionaba un bienvenido alivio del abrasador desierto. De hecho, toda la ciudad parecía semienterrada, y más fresca por ello. Así debían de ser las cosas para muchas de las civilizaciones antiguas, de las que ésta era uno de los pocos vestigios. Era lo que la hacía única. Pero ahora no tenía ocasión de verlo. Tenía una reunión con el funcionario con el que había completado sus reservas: el jeque Riyz. Una vez reunida con él, le habían prometido una audiencia con el rey.

El criado abrió la puerta, hizo una reverencia y se apartó para que ella entrara. Entró en la austera sala de recepción, momentáneamente aturdida por el repentino brillo de la luz sobre el oro, del sol sobre el topacio. Entonces se volvió y vio a un hombre alto y de aspecto imponente que la miraba fijamente. Parecía tener unos treinta años y vestía una túnica sencilla sin adornos, nada que indicara que era alguien importante. Elaheh, que nunca había conocido al rey actual, sólo a su padre, le había dicho que no esperara nada tan informal como sus propios países y los de Xander. Y, como Ashley no consideraba que hubiera nada casual en ellos, su imaginación le había fallado en cuanto a lo mucho más formal que sería Irem. Al menos, su personal administrativo no parecía depender de ceremonias.

Ashley se acercó a él y le tendió la mano. Sus ojos no se habían apartado de ella.

"Usted debe de ser el jeque Ryiz", dijo ella, forzando una sonrisa para ocultar sus nervios. Su rostro impasible no se movió ni un milímetro. Podría haber sido tallado en piedra. "Encantada de conocerle".

El hombre aceptó su mano y la envolvió en la suya. "*As-salamu Alaykum*, Dr. Maitland. Bienvenido a mi país".

"*Wa Alaykum as-salam*." Ashley devolvió las tradicionales palabras de saludo. "Gracias, es bueno estar aquí. Estoy muy *emocionada* de estar aquí", añadió, pensando que algunos halagos podrían ayudarla. "He oído historias tan tentadoras sobre su país".

Dio un pequeño gruñido mientras entrecerraba los ojos. "Confío en que haya tenido un viaje agradable".

"Fue asombroso. No esperaba ver campos de flores tan extensos".

"Ah, los resultados de las fuertes lluvias que hemos tenido."

"Ha dado vida al desierto".

"En efecto. Pero también traerá consigo langostas, el azote de la abundancia".

Puede que el jeque Ryiz fuera accesible por correo electrónico, pero seguro que era un pesimista. También tenía un aspecto bastante intimidante. Nada que ver con lo que ella había imaginado. Quería mirar a su alrededor, absorber más detalles de aquella habitación impresionante pero austera, pero no podía apartar los ojos de él.

Señaló un arco, a través del cual ella pudo ver un patio. Pero, en cuanto lo siguió fuera, pensó que no podía llamarse patio, porque estaba demasiado lujosamente amueblado. Una zona de asientos baja y acolchada, decorada con alfombras y cojines joya, rodeaba un pequeño estanque con un riachuelo de agua ondulante. Era un oasis de una belleza exquisita.

"Por favor, tomen asiento. Seguro que le apetece un refresco después del viaje".

Estaba a punto de aceptar porque tenía sed y hambre, pero recordó sus modales. "No, gracias, no quiero molestarle".

Sonrió como si se diera cuenta de lo que estaba haciendo, pero asintió en señal de agradecimiento. "Le aseguro que no es ninguna molestia. Sería un honor ofrecerle nuestra hospitalidad".

No pudo rechazar la educada segunda oferta. "Entonces, gracias, sería muy bienvenido. Ha sido un largo viaje".

Cuando tomó asiento, las puertas se abrieron como si hubieran recibido una orden oculta, y dos hombres entraron en la sala con un característico dallah de media luna, dos tazas pequeñas y un plato de dátiles. Dispusieron los dátiles y el café, aromatizado con cardamomo recién molido, sobre la mesa.

Ashley se puso cómoda, lo que no fue difícil. El lugar estaba diseñado para la comodidad, para seducir. La palabra le vino a la cabeza de improviso y echó un vistazo al jeque, cuya mirada no se había apartado de la suya. Se devanó los sesos para encontrar algo que decir.

"El clima es muy agradable aquí, en la ciudad. Pensé que haría mucho más calor". Echó un vistazo a la elaborada rejilla de ventilación que traía la brisa que soplaba en lo alto del cielo desértico hasta la sala del patio. Junto con las persianas semitransparentes que filtraban la luz del sol, refrescaban la temperatura. "He leído sobre los cazadores de viento de aquí, pero nunca había visto uno".

"Por supuesto. Mi país lleva demasiado tiempo cerrado a los visitantes".

Levantó los ojos, interesada. "¿Tu rey pretende hacer cambios?"

"Sí."

Esperó a que se explayara. No lo hizo. En lugar de eso, señaló con la cabeza a una mujer que esperaba junto a la puerta. La mujer se arrodilló ante ellos y vertió una pequeña cantidad de café en cada taza. Se retiró una vez más, con la mirada hacia abajo, como si estuviera rezando. Aquel servilismo incomodó a Ashley.

Miró al jeque Riyz y se dio cuenta de que no le había quitado los ojos de encima. Se sintió aún más incómoda. Había pensado que él la llevaría ante el rey, pero parecía que primero tenía la tarea de examinarla. Tenía que asegurarse de pasar la prueba, fuera cual fuera. Necesitaba que este hombre la aprobara antes de pasar a la siguiente etapa.

"Parece incómodo, Dr. Maitland."

Ella apartó la mirada, avergonzada y sorprendida de que él hubiera sido capaz de leer su mente con tanta facilidad. Tomó un sorbo del café caliente, conocido localmente como *gahwa*, y volvió a dejarlo en el suelo. Se encogió de hombros y le miró. "Es una nueva tierra, nuevas costumbres. Llevará un tiempo acostumbrarse".

Frunció el ceño. "Tenía entendido que eras un experto en nuestras costumbres. ¿No es así?"

"Bueno, lo soy en un sentido. Quiero decir que los *conozco*, los he estudiado, pero estar aquí

y experimentarlos de primera mano es otra cosa totalmente distinta."

Asintió con la cabeza. "Sí, uno nunca puede saber algo a menos que lo haya vivido. Estoy de acuerdo".

Tenía una voz grave y autoritaria, y Ashley comprendió por qué el rey lo había elegido como consejero. Sus ojos reflejaban esa autoridad: penetrantes e ilegibles. Le sostuvo la mirada durante unos instantes y Ashley pensó que así se sentiría cuando un ordenador le escanease el cerebro. Pero aquel hombre no era un ordenador. Tenía la llave de su futuro y, si antes se sentía incómoda, ahora sentía algo más: se sentía sumamente femenina. Sus ojos parecieron pasar de investigarla a mostrar aprecio con su cálida mirada y un tirón en los labios cuando un atisbo de sonrisa se posó en ellos. Prácticamente ronroneó bajo aquella mirada acariciadora. Tal vez un breve coqueteo con el consejero del rey no estaría de más.

"Dígame", dijo, inclinándose hacia delante, su cuerpo haciéndose eco ahora tanto de la mirada de sus ojos como de su aterciopelada caricia de voz, "¿qué es lo que quiere, doctor Ashley Maitland?".

Sus palabras la hicieron volver a la realidad. Un rubor inundó sus pálidas mejillas y miró a su alrededor, buscando una escapatoria. Podía estar seduciéndola con los ojos y la voz, pero sospechaba su intención. ¿Por qué dejar para ahora la pregunta? Respira, se dijo Ashley. Mantén la calma. Sólo te está poniendo a prueba. Sacó una sonrisa de la nada.

"¿Qué es lo que quiero? Quiero ver al rey, señor. Solicito su permiso para llevar a cabo investigaciones en Irem".

Se sentó, pensativo. "Y esta investigación tuya..."

Él dudó y los nervios hicieron que ella se lanzara. "Es..."

Levantó la mano; era todo lo que necesitaba hacer para que ella se detuviera a mitad de la frase.

"Sé en qué consiste su investigación, Dr. Maitland. Lo que no sé es qué pretende hacer con ella".

Entrecerró los ojos, intentando averiguar qué quería saber. Fuera lo que fuera, se lo daría. Estaba desesperada. No había venido hasta aquí para nada. Toda su carrera dependía de ello. "¿Hacer con él?"

"Quiero saber en qué beneficia a mi país, Dr. Maitland. Está muy bien permitirle el acceso a información privilegiada, proporcionarle recursos, pero necesitamos saber cómo beneficiará esto a Irem."

"¡Oh!" Asintió con la cabeza, tratando de imaginar cómo podría reconfigurar su investigación para cumplir este nuevo requisito. A este hombre, y por tanto presumiblemente al rey, no le interesaba investigar por investigar. Conocían sus edificios y su mundo. Para ellos, su investigación era interesante por algo muy distinto. ¿Pero para qué? "No deseo hacer nada que pueda perjudicar a Irem". Ella dudó. No tenía ni idea de si él quería que se guardara la investigación para sí o que la divulgara por todas partes. Pero tenía que ser sincera, porque en cuanto saliera de este país estaría gritando su trabajo a los cuatro vientos. Respiró hondo. Él estaba atento, paciente, esperando a que ella hablara.

"Tengo la intención de publicarlo", dice, y las palabras le salen solas. "Una editorial internacional está interesada en publicar el libro porque cree que tendrá un gran atractivo. Y escribiré el libro para ese mercado, no como un texto académico". Contuvo la respiración, esperando que no le dieran la espalda y la expulsaran del país. "Tendrá un atractivo popular", añadió para aclarar.

Él emitió un pequeño gruñido y, por primera vez, apartó su mirada de la de ella y asintió con

la cabeza. “Es satisfactorio”.

El alivio cayó sobre ella como una carga. “Bien”, sonrió. “Ah, qué alivio. Y, créame, sé que hay un amplio interés internacional por el tema”.

Por primera vez, el jeque Ryiz pareció sorprendido. “¿Es correcto?”

“Sí, en efecto.”

“Bien. Entonces, Dr. Maitland, tal vez deberíamos empezar con un rápido recorrido por la ciudad”.

“Sí, eso sería encantador, gracias”.

Él se levantó con la facilidad de alguien acostumbrado a sentarse con las piernas cruzadas, mientras Ashley hacía todo lo posible por levantarse con elegancia. Se alegraba de su formación temprana en ballet, a la que había renunciado cuando la profesora le había arruinado la vida para siempre a los trece años diciéndole sin rodeos que era imposible que alguien de su estatura y curvas llegara a ser bailarina. Así que, aunque no era una flacucha esbelta, Ashley sabía moverse con gracia.

Mientras el jeque Riyz intercambiaba unas palabras con la mujer que, pensó Ashley, se inclinaba con innecesaria humildad, ella se dio la vuelta, poco dispuesta a ver a una mujer rebajarse de semejante manera. Al hacerlo, divisó un par de crisálidas que se aferraban a la parte inferior de un mariposario.

Acarició la hoja a la que se aferraba uno. Se volvió de repente, un sexto sentido la alertó de su mirada.

“Las flores de *khof al gamal* son extraordinarias este año”.

“También las mariposas”, dijo. “Hay muchas crisálidas en esta planta. No sé qué pasa con las langostas, pero parece que las lluvias también están haciendo felices a las mariposas. Y eso tiene que ser bueno”.

“Mariposas felices”, repitió, deteniéndose a unos pasos de ella. Se volvió hacia ella. “Tengo que decir que nunca me he planteado si una mariposa es feliz. Simplemente sigue a lo suyo”.

Se encogió de hombros y acarició la crisálida antes de apartar las hojas para descubrir más racimos. “Puede ser, pero ¿quiénes somos nosotros para decir si las mariposas tienen sentimientos? Además, las dos cosas no son excluyentes”. Le miró. “Negocios y felicidad, quiero decir”.

Enarcó una ceja y sus ojos oscuros contenían un humor que ella no había visto antes. Pero no habló.

Se negó a dejarse intimidar por un hombre silencioso y malhumorado, por muy convincente que fuera. “Seguro que a tu rey le gustaría saber que eres feliz en tu trabajo”.

Se encogió de hombros. “Quizá deberías preguntarle”.

“Lo haría si pudiera conocerle. Quiero decir, entiendo que me estés seleccionando para él, pero espero poder ver al rey pronto”. Seguía sin hablar. “Es bueno que se tome el tiempo de reunirse conmigo, aunque supongo que no hay mucha distracción aquí en medio del desierto”. Volvió a sonreír, esperando obtener una respuesta positiva.

El humor en los ojos del hombre desapareció.

“Le sorprendería, Dr. Maitland, lo ocupado que puede estar un gobernante de un reino, incluso en medio de un desierto”.

Se dio cuenta de su error. “Sí, estoy segura”. Se puso a su lado. “¿Vamos a conocer al rey ahora?”

No perdió ni un paso.

“Ya lo conoce, Dr. Maitland.”

CAPÍTULO 2



EL JEQUE ZYIR HIZO UN GESTO CON LA MANO, INDICANDO QUE CONTINUARAN.

Podría haberse quedado mirando su piel pálida y sonrojada unos minutos más, pero se sentía irritado consigo mismo. No había pretendido engañarla. Estaba acostumbrado a que la gente conociera su identidad. Pero eso no le había impedido decidir utilizarla en su beneficio, cuando se dio cuenta de que ella no sabía quién era él.

"¡Su Majestad! Lo siento mucho, pensé que eras el asistente del rey".

"Eso parece".

Dieron unos pasos más

"Lo siento mucho, Majestad, pero no se ha presentado y su imagen no es conocida en todo el mundo. Y, su nombre..." Se interrumpió, obviamente sin querer acusarle de presentarse con otro nombre. Tenía razón.

"Mi nombre completo es Zyir Ali Solomon ibn Mohammed de Irem. A veces me resulta útil comunicarme de incógnito, así que uso un anagrama de mi nombre de pila."

Caminaba en silencio a su lado, pero sus ojos eran expresivos. Él lo había notado de inmediato. Nunca dudaría de sus pensamientos. Y, ahora mismo, estaba intentando recordar todo lo que le había dicho al jeque Riyz, sin saber que había estado hablando con el rey. Él la dejaba procesar esos pensamientos, porque le daba tiempo para considerar las cosas de ella que le habían sorprendido.

De sus correos electrónicos y su trabajo se había formado una opinión que, ahora se daba cuenta, distaba mucho de ser cierta. Parecía la académica por excelencia: meditada, precisa en sus pensamientos y expresiones, pedante... en pocas palabras, seca. Pero la mujer que había irrumpido en su ciudadela en moto y que se había sentado frente a él -los pliegues de su túnica rodeando sus generosas curvas mientras charlaba con facilidad, sus grandes ojos azules iluminando el patio con su brillo- no era en absoluto seca. Era vivaz, sexy y absolutamente seductora. Y, lo más interesante de todo, podía resultarle extremadamente útil. Decidió apiadarse de ella.

"No se preocupe, doctor Maitland, no ha dicho nada fuera de lugar, nada que levante la ira del terrible rey de Irem". Se tragó una sonrisa. Conocía su reputación, tanto aquí como en el extranjero. Gracias a su padre, y sin nada más concreto en lo que basarse, la gente había asumido, por su parecido físico, que él también lo era.

Ella le lanzó una mirada rápida e insegura. "Ah, bien."

Pasaron unos pasos más en los que pudo apreciar el susurro y el tirón de su túnica alrededor de su cuerpo. Además de tener muchas curvas, era alta. Le gustaban las mujeres altas. Y no había adquirido el hábito de inclinar la cabeza, que era una desagradable herencia de las normas de sus

predecesores.

“Me alegro de no haber dicho nada inapropiado”. Tragó saliva. Era interesante verla tragar; su pañuelo no le cubría la garganta como a las mujeres locales. Sintió el repentino deseo de saborear su cuello. “No es que hubiera dicho nada malo. Respeto a su país, llevo años estudiándolo y estudiando su arquitectura, y siento la mayor reverencia por él”.

Dejó de caminar. Tenía que dejar de disculparse, estaba interfiriendo con sus ensoñaciones eróticas.

“Dr. Maitland. Por favor, no piense más en ello. El problema es que me considero tanto el jeque Riyz como el rey Zyir. Dos identidades, una persona”.

Levantó una ceja oscura finamente dibujada. “Eso debe ser... difícil”.

Se encogió de hombros mientras caminaban por el palacio. “¿Para mí? No. ¿Pero para otras personas? Tal vez”.

Le sorprendió lo a gusto que se sentía hablando con ella. A pesar de no haber estudiado en el extranjero, había tenido la ventaja de contar con un tutor muy viajado y su mundo, como el de Ashley, lo había aprendido a través de los libros.

Caminaron en silencio hasta llegar a la puerta trasera, por la que pasaron a un túnel. Los guardias abrieron una puerta que daba a un pequeño edificio. La luz del sol brillaba a través de las celosías y los parasoles filtraban la luz sobre el patio. Allí se detuvo.

“Es posible que desee ajustar su hijab, Dr. Maitland.” Tuvo que cerrar la mano en un puño para no ajustárselo.

“¿Cómo es eso?”

“Cúbrete un poco más el cuello”. Vio cómo ella hacía lo que él le sugería. Esperaba volver a ver pronto esa garganta. “De lo contrario será obvio que eres una extraña”.

“¿No tienes muchas visitas?”

Hizo un gesto con la cabeza a los guardias para que abrieran la puerta.

“Eres el primer extranjero que visita mi país en mucho tiempo”.

“Me siento halagado”.

“No lo estés.”

Ella levantó la vista, como sorprendida por su breve respuesta. “¿Perdón?”

“No te sientas halagado. Te permití el acceso por una razón”.

Se detuvo en el escalón delantero, con sus grandes ojos fijos en él. La pregunta estaba ahí. Pero él no tenía intención de satisfacerla inmediatamente. Primero necesitaba satisfacción. Antes de decirle lo que quería, quería asegurarse de que era la mujer adecuada.

¿Qué demonios había querido decir con eso? Pero Ashley no tuvo tiempo de reflexionar sobre las palabras del rey, ya que salieron del largo y estrecho edificio directamente a la plaza del mercado, sin ser vistos. Se unieron a la multitud de gente que había en el mercado, comprando y vendiendo lo que parecían todo tipo de productos. La plaza estaba cubierta, como gran parte de la ciudad, y su techo de adobe estaba sostenido por docenas de pilares tallados, alrededor de los cuales se habían levantado puestos que vendían una deslumbrante variedad de alimentos. A pesar de su ubicación desértica, parecía que adquirir una amplia gama de productos frescos no era un problema. Tampoco tuvo tiempo de preguntárselo, mientras seguía al rey por la plaza, hasta que llegaron a la mezquita.

Y entonces todo pensamiento abandonó su mente. Se quedó boquiabierta ante la mezquita, que era mucho más de lo que había aprendido en los libros, mucho más de lo que había visto en

las fotos en blanco y negro de los primeros exploradores, mucho más de lo que había imaginado. Y había imaginado mucho.

El edificio se alzaba ante ellos como un poderoso recordatorio de una civilización antaño poderosa y rica. “Es hermoso”, exclamó, mientras sus ojos intentaban captar el exquisito detalle de los dibujos que, como sabía, representaban la línea de los reyes a lo largo de los milenios, al tiempo que absorbían la impresión general del poder del edificio.

“Lo es”, dijo él, con la voz más cerca de ella de lo que había imaginado.

Se volvió hacia él. Con sus ojos, oscuros como la obsidiana, y las marcadas líneas de la mandíbula y la nariz, se parecía a las viejas fotos de su padre que había visto, y se preguntó por qué no había hecho la conexión inmediatamente.

Entonces sus ojos se posaron en sus labios, y ella hizo lo mismo. Pensó que era por eso. Sus labios. La boca de su padre había formado una línea sombría: nunca sonreía en las fotos. Pero el aspecto de este hombre -aunque imponente- se suavizaba con sus labios, que no eran carnosos, pero tampoco finos. Eran hermosos. Le miró a los ojos mientras pensaba y se encontró con su mirada. La mirada que le dirigió hizo que se le cortara la respiración y se dio la vuelta.

“Es mucho más...” Dudó mientras intentaba pensar en una palabra adecuada. No había nada que describiera satisfactoriamente el edificio que tenía delante. “*Sobrecogedor*, de lo que imaginaba.”

Asintió y se dio la vuelta. “Me alegro de que piense así. Ahora, Dr. Maitland, tal vez deberíamos continuar. Volveremos aquí mañana. Pero, por ahora, hay muchos más edificios que deseo mostrarle”.

A Ashley le dio un vuelco el corazón. Este hombre no era en absoluto tan machista y autocrático como le habían hecho creer. Le mostró un interés totalmente desarmante. Un interés, recalcó para sí misma, que sin duda se debía a la falta de extranjeros en su país. Pero aún así. Era muy seductor ser tratada como alguien intensamente deseable por una vez. Pero, por supuesto, no iría más allá. No tenía intención de convertirse en su conquista. Aparte de comprometer su investigación y toda su futura carrera, no estaba segura de conocer las reglas de salir con alguien de una cultura tan diferente. ¿Volvería este hombre culto a sus costumbres primitivas en privado? La idea no debería haberle provocado un escalofrío.

“¿No tiene frío, Dr. Maitland?”

Ella negó con la cabeza, perturbada de que él hubiera notado su escalofrío. “No.”

“¿Entonces por qué temblaste?”

Ella se encogió de hombros, tratando de pensar en algo para cubrir su reacción demasiado primitiva a este hombre. “Estoy un poco abrumada por todo esto”. Esbozó una rápida sonrisa, esperando que su respuesta lo despistara. No quería que supiera lo que su mirada le provocaba.

Frunció los labios, gruñó y apartó la mirada. No sabía si le había engañado. El problema era que no se había engañado a sí misma.

“Entonces”, dijo, volviéndose hacia ella una vez más. “Si esto te parece abrumador, me interesará tu reacción a lo que estoy a punto de mostrarte. Por favor...” Aquellos hermosos labios se convirtieron en una sonrisa por primera vez. “Sígame.”

Cuando Zyir hubo enseñado a Ashley algunos edificios notables más, se dio cuenta de que, efectivamente, sabía mucho de arquitectura árabe antigua. Conocía todos los entresijos de la decoración, su significado y su construcción. Lo único que no sabía era cómo la harían sentir. Y ahora estaba seguro de ello. Ella simpatizaba con su país, lo cual era importante. Necesitaba estar

seguro de que sería una defensora de su trabajo, no un obstáculo. Su pasión por la arquitectura era casi igual a la suya. La reina Elaheh de Tawazun le había hecho un favor inesperado al presentarle a Ashley. Ashley podía ser precisamente lo que él, y su país, necesitaban.

Sólo se detuvo cuando llegaron al borde de los magníficos jardines. Sabía que se trataba de algo sobre lo que ella sabía poco. Su padre había prohibido que las imágenes por satélite de su país aparecieran en Internet, y a pocos extranjeros se les había permitido el acceso. Era la joya de la corona.

Subieron los anchos escalones hasta la terraza, enmarcada por columnas, donde se abrían ante ellos los vastos jardines, extensos y largos. Pero él no miró los jardines. La miró a ella, interesado en ver su reacción. Se quedó boquiabierta y abrió los ojos con asombro. "¿Esto es...?" Se detuvo, incapaz de hablar, se puso las manos en las caderas y negó con la cabeza. Parpadeó. "¿Estoy viendo cosas?"

Se permitió sonreír por primera vez. Había sido una mañana mucho más agradable de lo que esperaba y ahora, al ver la reacción de ella, sentía que podía relajarse.

"Si estás viendo kilómetros de jardines ante tus ojos, entonces no, no estás viendo cosas, Ashley".

Ella se dio la vuelta para mirarle y él se dio cuenta de repente de que la había llamado por su nombre de pila. Lo había hecho en su mente desde el momento en que la conoció, pero había prevalecido la formalidad. Hasta ahora.

"¡Es asombroso! ¿Es una innovación reciente?"

"No. Antigua. Podemos cultivar cosechas mediterráneas gracias a los depósitos de agua prehistórica que podemos aprovechar. Bajo nuestra ciudad hay kilómetros de canales subterráneos que alimentan nuestros cultivos de cereales de trigo y cebada, y nos permiten cultivar toda clase de verduras y frutas: cerdos, uvas. Da igual la fruta que nombres, Ashley, aquí se ha cultivado durante milenios. Cuidamos nuestras tierras. Alimentamos nuestras tierras y ellas nos alimentan a nosotros".

"Bueno, es increíble. Ya veo por qué te preocupan las plagas de langostas".

Su rostro se ensombreció. "En efecto. Son un azote del que intentamos protegernos porque estos campos nos permiten mantener nuestra independencia del mundo."

"Pero dices que todo eso va a cambiar. ¿Por qué ahora? ¿Por qué quieres abrir tu mundo, ahora?"

"Ya es hora. No quiero que continúe la economía de subsistencia. Hay mucho más en el mundo de lo que mi gente imagina, mucho más que es bueno. Y ahí es donde entras tú".

Señaló unos asientos de piedra con vistas a los magníficos jardines, sombreados por bambúes que se balanceaban en lo alto y proyectaban sombras cambiantes sobre ellos. Esperó a que se sentaran.

"Quiero que establezcan mi país en el mundo, pero en mis términos. La arquitectura es única y podría ser un símbolo del camino a seguir. Quiero a alguien que la invierta para llevarla al mundo. Te he elegido a ti".

Se preguntó por qué fruncía el ceño. Entonces ella le miró, con el ceño fruncido aún sombreando sus grandes ojos azules. "Quieres que muestre tu arquitectura".

"Exactamente, su investigación será inestimable".

Ella asintió. Luego frunció el ceño. "Lo consideraría un honor".

"Una cosa. Tengo curiosidad por saber por qué te interesa tanto mi mundo".

Señaló todo a su alrededor. "¿No es obvio?"

"No para mí. Usted es una inglesa de la muy tradicional Universidad de Oxford. ¿Cómo oíste

hablar por primera vez de mi país, y mucho menos estudiarlo?".

Se preguntó cuál era la causa de la sombra que cruzaba su rostro. Parecía que la encantadora Ashley tenía secretos. Podría ser interesante, por no decir divertido, descubrirlos.

"Siempre me han gustado los edificios y las historias que pueden contar". Parpadeó y un ligero rubor inundó sus mejillas, como si hubiera decidido contarle algo personal. Eso le gustó. "Me criaron como feminista, Majestad, y decidí combinar mis intereses: el feminismo y los edificios".

Dio un gruñido de sorpresa. "Una mezcla extraña".

"Puede, pero me ha dado una ventaja competitiva a la hora de promocionar mi investigación".

Frunció el ceño mientras su mente discurría sobre las formas en que feminismo y arquitectura podían combinarse. "¿Y cómo lo haces?"

Ella guardó silencio unos instantes. Y entonces su expresión cambió, y él supo que ella no iba a decirle la verdad absoluta. Al menos, sólo una parte.

"Todo tiene un ángulo. Si comparamos la obra de las arquitectas, vemos que se inspiran en todos los aspectos de su vida. Igual que los hombres".

De repente se preocupó. "Pero su trabajo sobre la arquitectura de mi país no se ha presentado así".

"No." Murmuró. "Es un interés futuro".

"Mientras se mantenga en el futuro. Deseo que el trabajo sea equilibrado".

Sus ojos azules se calentaron un poco. "Seguramente, traer una perspectiva feminista lo hará más equilibrado".

"Eso depende. De la feminista". No es que supiera mucho sobre feministas. Ashley Maitland era la primera que conocía. Parecía que no eran tan malas como había imaginado. "Eres la mejor persona para este trabajo, Ashley." Por no decir la *única* persona que se le había acercado. "Y confío en que harás el trabajo con la debida diligencia. Yo, por supuesto, tendré la última palabra sobre cualquier publicación que surja de la investigación que emprendas aquí."

"Por supuesto. La pasión había desaparecido, sustituida por una profesionalidad de labios apretados que le decepcionó ver. Daría cualquier cosa por volver a ver esos labios relajados. No podía evitar responder a ella a un nivel muy sexual. Derrochaba sensualidad y, sin embargo, sus pálidas mejillas se sonrojaban con frecuencia. Era como si no fuera consciente de lo atractiva que era, o bien no tuviera la confianza necesaria para reconocer su sensualidad. ¿Falta de conciencia o falta de confianza? No lo sabía, pero estaba decidido a averiguarlo. Tal vez entonces podría desvelar sus secretos y tener un pequeño escarceo con esta feminista tan sexy.

Ashley no recordaba la última vez que un hombre le había prestado tanta atención. Claro que tenía amigos, pero todos eran amigos platónicos como Xander. Guapos, fuera de su alcance que, tras un breve intento de flirteo, se conformaban con la amistad. Y así era como a ella le gustaba. Érase una vez, recién licenciada en Oxford, que se había enamorado de un hombre. Había sido una aventura breve. Se enteró demasiado tarde de que la había seducido por un reto: acostarse con la chica más grande de la clase. En ese momento decidió que nunca volvería a ser vulnerable.

Así que había escondido sus generosas curvas, de las que su ex novio tenía tantas cosas malas que decir, detrás de sus camisas y pantalones anchos, se había recogido el pelo en una inflexible coleta y se había centrado en sus estudios. Descubrió que tenía amistades fáciles con

hombres y mujeres y nada que volviera a amenazar su corazón. Y así era como le gustaba. Hasta ahora. Hasta que aquel hombre había descubierto sin esfuerzo su disfraz -que no era mucho cuando todas las mujeres llevaban el mismo tipo de ropa sin forma- y parecía gustarle lo que había encontrado allí. Más que gustarle, a juzgar por el calor de sus ojos.

Al final del día estaba agotada, intentando mantener sus defensas contra los encantos de aquel hombre, aquel rey, aquel jeque. Una vez a solas, en su habitación, desnuda bajo la seda de su cama con dosel, con el aire fresco del desierto canalizándose desde las rejillas de ventilación en lo alto, escuchando el chapoteo del agua de la fuente exterior y observando las sombras cambiantes de la brillante luz de las estrellas, sin obstáculos de luces artificiales, acarició su cuerpo. Estaba excitada por el día con aquel hombre, necesitada. No le gustaban los necesitados. Con un gemido, rodó sobre su estómago y deslizó la mano por debajo de ella, tocándose donde estaba excitada. Cerró los ojos mientras su mente se detenía en su rostro, antes de posarse en sus labios. Su respiración se aceleró al ritmo del movimiento de sus dedos.

No fue hasta que se sintió liberada de la tensión que se había acumulado en su interior, que rodó sobre su espalda, permitiendo que la brisa refrescara su acalorada piel. Y se preguntó cómo demonios iba a decirle que no estaba aquí para investigar los edificios, sino para algo totalmente distinto, algo mucho más controvertido, algo mucho más personal. Un edificio para el sexo. Un harén.

CAPÍTULO 3



La llamada a la oración se filtró hasta la biblioteca donde Ashley estaba sentada, rodeada de preciosos manuscritos, cuyas copias no existían en ningún lugar fuera de Irem. Había pasado todo el día inmersa en los documentos. La mayoría estaban escritos en árabe, lengua que había aprendido en la universidad, y algunos los había traducido de una antigua forma de árabe que no sabía leer.

Se reclinó en la silla y, frotándose el cuello, miró al techo decorado y suspiró. Estaba en el paraíso. Esto era justo lo que le gustaba. Volvió a mirar los papeles con una mueca. El problema era que no estaba aquí para estudiar arquitectura. Y su editor no tendría ningún interés en ello. Lo que había venido a escribir era un libro sobre harenes. No sólo eso, sino un libro lo suficientemente sensacional como para satisfacer a sus editores. Y había dejado pasar un día sin abordar la cuestión. Tendría que resolverlo esta noche. El rey la había invitado a cenar. Al final de la velada, pondría las cartas sobre la mesa. Después de todo, siempre podría investigar la arquitectura más tarde.

Pero incluso mientras empaquetaba su ordenador y pensaba en las razones por las que el rey aceptaría su cambio de planes, sintió que un malestar crecía en la boca de su estómago. Sabía que a él no le gustaría. ¿A qué hombre no le gusta pensar que tiene el control? Sobre todo si se trataba de un rey.

Ashley tardó más de lo habitual en vestirse para la cena. No se engañaba pensando que era una cena especial. Sin duda ni siquiera la sentarían cerca del rey. Pero él estaría allí. Cerró los ojos y respiró hondo mientras se preparaba para salir de su suite. Se pasó las manos húmedas por la túnica verde oscuro. Elaheh había insistido en llevarla de compras antes de venir, así que al menos se sentía segura con su vestido, que era más formal que en cualquiera de los otros países en los que había estado, incluidos los de Xander y Elaheh.

La criada se apartó y sonrió apreciativamente, como si comprendiera las dudas de Ashley. Abrió la puerta para Ashley, asintiendo alentadoramente. Ya era hora.

Ashley siguió a la doncella por el laberinto semienterrado de habitaciones, pasillos y jardines. Ya no había sol, sólo una suave bruma anaranjada que se filtraba desde las cambiantes sombras del cielo. Pero, en lugar de entrar en la formalidad de las salas públicas, la doncella se desvió hacia una parte más antigua del palacio. Después de que les abrieran una antigua puerta de madera ennegrecida, tachonada con clavos de hierro, entraron en un paseo con columnas, en un mundo privado donde estaban solos. No pasaba nadie más. Ya no se oían ruidos de gente trabajando.

La criada abrió una última puerta y Ashley entró en un patio privado, amurallado por tres lados. El cuarto lado estaba abierto a amplias vistas de los jardines y los campos, cuyos colores se veían realzados por los últimos destellos del atardecer en el cielo. Pero Ashley apenas se percató de ello, debido a la solitaria figura que se recortaba contra el cielo del atardecer. El pánico se apoderó de ella. No podía ser la única invitada a cenar.

Miró detrás de ella, pero la doncella había desaparecido, dejándola sola con Zyir. Como si percibiera sus ganas de huir, Zyir miró a su alrededor en ese momento. "¡Dra. Maitland!", dijo, volviéndose para mirarla. "Gracias por venir".

Una sensación de tranquilidad sustituyó a su miedo inicial, al notar su sonrisa y su bienvenida, pronunciadas con su acento inglés entrecortado, presumiblemente cortesía de los profesores de inglés. Seguramente no había nada que temer.

"El placer es mío", dijo, venciendo el deseo de huir. Dio un paso hacia él, para demostrarse a sí misma que estaba a la altura del desafío. "Aunque me sorprende", dijo, mirando a su alrededor.

"¿Y eso por qué?"

"No pensé que sería tu único invitado".

Se encogió de hombros. "Suelo cenar solo. Mis días ya son bastante ajetreados. Además, así podemos hablar de tu trabajo sin interrupciones. ¿Le apetece una copa?"

"Agua con gas, por favor."

"Que sean dos", dijo a un criado que revoloteaba.

Él se volvió hacia ella y ella apartó la mirada, incapaz de enfrentarse a aquella mirada penetrante sin perder la compostura. Se giró para contemplar el paisaje: un oasis verde de campos bañados por la luz del atardecer. Los kilómetros de verde contrastaban con el violeta del cielo. Una ligera brisa le soltó el pelo y respiró hondo las fragancias mezcladas que flotaban por los campos hacia ellos.

"Nunca, en mi vida, he visto nada tan hermoso", dijo en voz baja. "Y tan inesperado".

"Creo que mis antepasados sentían lo mismo". Su voz llegó desde detrás de ella, provocando escalofríos en su piel, escalofríos que su túnica disimulaba. "Por eso construyeron el palacio y la ciudad a su alrededor".

Ella se volvió, olvidando su incomodidad, impresionada por sus palabras. "¿Quieres decir que estos jardines estaban aquí antes que el palacio?".

Ella era alta, pero él lo era mucho más. Sus ojos oscuros la miraban con interés y calidez, de nuevo tan diferentes de lo que ella había esperado. "Ciertamente. Por supuesto, aquí había edificios de una forma u otra, porque los jardines no se cuidan solos, ni son necesarios si no hay una ciudad a su alrededor que necesite alimentarse. Pero sí, los jardines llevan aquí milenios".

Volvió la vista a los jardines, incapaz de seguir encontrándose con su oscura mirada. Las diferentes tonalidades de verde eran sensacionales, salpicadas por el naranja y el amarillo de las frutas y verduras, el rojo de las cerezas, el púrpura-negro de las uvas. Era una abundancia que ella no había previsto. Irem estaba resultando estar lleno de sorpresas.

"Para el mundo exterior, poco se sabe de Irem, salvo su misterio y su intrigante arquitectura vista desde el desierto circundante, fuera de las murallas de la ciudad. Pero dentro..." De repente, su voz parecía mucho más cercana. "Dentro", repitió, "es este milagro de la obra de Dios lo que creemos que hace que nuestra tierra sea tan especial". Hizo una pausa. "¿No estás de acuerdo?"

Claro que sí. Asintió con la cabeza, pero no pudo mirar a su alrededor.

"Bien. Porque me gustaría que lo incluyeras en tu trabajo. Es hora de que el mundo conozca las maravillas de Irem".

Ahora. Ahora era el momento de decirle que no tenía intención de llevar a cabo la investigación que él creía que le interesaba. El problema era que *estaba muy* interesada, pero su futuro estaba en la investigación sobre el harén. Se aclaró la garganta y tomó aire. Se lo diría sin rodeos.

Se dio la vuelta, pero las palabras se le secaron en la boca. Él estaba más cerca, tan cerca que ella pudo ver las líneas alrededor de sus ojos y su boca, líneas que suavizaban su rostro y revelaban al hombre que había debajo. Era un hombre cálido y sonriente, nada que ver con el hombre que le habían dicho que esperara. Parecía que, al igual que la reputación de su país, la suya también distaba mucho de la realidad. Justo cuando ella pensaba eso, una sonrisa se dibujó en su rostro.

"Dime, ¿qué pensamientos han cruzado tu mente, para volver tus ojos azules un tono más oscuro?"

Sacudió la cabeza. ¿Cómo podía decirle que estaba pensando en su sonrisa?

Inclinó la cabeza como para verla mejor. "¿Ningún pensamiento? Quizá sea un truco del crepúsculo". Se volvió hacia la mesa donde estaba la cena. "Ven, pensé que apreciarías una cena informal".

¿El rey estaba pensando en lo que a ella le gustaría? Se sintió ridículamente halagada. Al sentarse, se aflojó el hiyab y luego se preguntó si debía hacerlo. Él la miró y la saludó con una rápida inclinación de cabeza. "En este país somos formales, pero dentro de estos muros podemos relajar un poco las normas".

Se quitó el hiyab y trató de ignorar la forma en que la mirada de él se posaba en su pelo durante demasiado tiempo. Fuera lo que fuese lo que estaba pensando, debió de ser absorbente, porque pareció sobresaltarse cuando el criado apareció detrás de él con una fuente de humeante pollo asado.

"La cena tiene una pinta estupenda". La verdad era que le habían hecho creer que comerían comida muy tradicional, no la gama de coloridos platos de arroz, verduras y carne que ahora se extendían ante ella. Xander se había burlado de ella sobre el tipo de dieta que podía esperar en Irem, y ella había traído consigo bolsas de frutos secos y otros aperitivos diversos para calmarla. Pero, una vez más, sus expectativas estaban muy lejos de la realidad.

"Nuestra cocina tradicional se ha desarrollado en consonancia con la abundancia de nuestros huertos".

Siempre le había gustado la comida, pero esta comida le estaba gustando de *verdad*. Era todo lo que podía hacer para no gemir de placer mientras saboreaba cada bocado en su lengua, identificando las diferentes hierbas y especias que se habían añadido a cada plato para sacar lo mejor de los ingredientes frescos. Cerró los ojos cuando el picante de un plato de arroz especiado explotó en su lengua.

"Me gusta ver a una mujer disfrutar de su comida".

Abrió los ojos a mitad de bocado -ni siquiera se había dado cuenta de que los tenía cerrados- y miró la comida del plato, que se agotaba rápidamente. Tragó saliva y dejó el tenedor en el plato. "Sí, es maravilloso". Se encogió de hombros y esbozó una ligera sonrisa. "Pero tengo que confesar que me gusta la comida". Demasiado, pensó, pensando en cómo sus ya curvilíneas curvas se volverían más curvilíneas.

"Es bueno verlo".

Entonces recordó el viejo dicho de que si una mujer disfrutaba con la comida, también lo hacía con el sexo. Era cierto, pero esperaba que él no pensara lo mismo.

Él dio un sorbo a su bebida, pero había algo en sus ojos que le hizo pensar *que* tal vez

pensaba algo parecido. Los latidos de su corazón se aceleraron al pensar en hacer el amor con ese hombre. Casi sintió que ya lo estaba haciendo, por sus ojos. Estaba claro que sólo tenía ojos para ella, y que esos ojos la encontraban deseable. La hizo *sentir deseable de* una forma que nunca antes había sentido.

En casa, su voluptuosa figura, su pelo rubio fresa, su piel pálida y sus labios carnosos siempre le parecieron anticuados e indeseables en comparación con las esbeltas bellezas de ojos avellana y bronceados que parecían estar dondequiera que mirara. Pero aquí no tenía competencia y por eso se deleitaba con su admiración.

Él se inclinó hacia delante, sin apartar sus ojos de los de ella, y a ella se le cortó la respiración al imaginar su siguiente movimiento. Porque esto sí que parecía un juego de flirteo.

"¿Y cómo te ha ido hoy con tu investigación?", dijo con su maravillosa voz. Juntó sus largos dedos y los apretó contra su boca, sin que sus ojos perdieran nunca su sentido del flirteo. Tardó varias veces en asimilar la pregunta. Se sacudió mentalmente.

"Interesante. Muy interesante", añadió, mientras se obligaba a pensar en su trabajo.

"¿En qué sentido es interesante?" Sin mirar a su sirvienta, chasqueó los dedos y su bebida volvió a llenarse. No debería haberle parecido tan seductora su despreocupada demostración de poder.

"Estaba leyendo sobre tu linaje. Las mujeres..." ¿Cómo podría expresarlo? "Eran poderosas."

"Oh, sí", dijo con una leve sonrisa, sentándose de nuevo en su silla. "Mi madre, mi abuela y todas mis antepasadas antes que ellas eran mujeres fuertes. Supongo que esto es muy diferente a tus prejuicios occidentales sobre mi pueblo".

Hizo una mueca antes de juguetear con su bebida, haciendo girar el agua efervescente alrededor del fino cristal, las delicadas facetas esparciendo luz a su alrededor. Se sentía como en un caleidoscopio. Por dentro y por fuera, todo se movía y sus ideas preconcebidas cambiaban.

Ella asintió. "Sí, me temo que sí. Veo que tendré que modificar mi libro". Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas.

Sus ojos se entornaron. También bebió otro trago de agua antes de dejarla con decisión sobre la mesa. Estaba pensando en lo que ella había dicho. Por desgracia, sus palabras no podían malinterpretarse.

"Tu libro", dijo con esa voz seductora y grave. "¿No será, presumiblemente, el libro que estás escribiendo sobre arquitectura?"

Se mordió el labio y sacudió la cabeza, de repente obsesionada con ensartar un trozo de cordero asado. Se lo metió en la boca y esbozó una rápida sonrisa, como diciendo: "Respondería a tu pregunta, pero estoy comiendo". Desgraciadamente, la carne se le deshizo en la lengua y pudo volver a hablar.

"No. Es un libro sobre un área de investigación más reciente".

Ladeó la cabeza. "No conozco esta *zona más nueva*. Quizá podría hablarme un poco de ella. Tengo curiosidad por saber qué área de investigación podría incluir la idea de que las mujeres de mi país son débiles".

Ella se estremeció ante sus duras palabras. "Nunca he considerado débiles a las mujeres. Puede que oprimidas, pero no débiles. Soy feminista y creo que las mujeres son capaces de todo".

"Ah, una *feminista*. Por supuesto". Su tono se burló de la palabra. "¿Y cuál es el título propuesto para esta investigación?"

Apretó los labios. No quería decirle el título, y menos el subtítulo. Sonaba tonto, incluso ingenuo, ahora que estaba en Irem. "Es sobre las mujeres en Arabia".

“Quizá podrías ser más preciso. El título, por favor”.

Se encogió de hombros. “El título no es tan importante como el contenido”.

“El título, por favor”.

“Bueno... Es sobre la, er, opresión y subyugación de las mujeres en la Arabia medieval contemporánea”.

“Medieval contemporáneo”. Bonito oxímoron. Justo el tipo de cosas que les gustan a los académicos. Estoy impresionado”. Por su expresión ensombrecida y la línea sombría que habían formado sus labios, ella pudo ver que era todo lo contrario. “¿Y dónde has estado difundiendo esta desinformación?”

“He publicado artículos a partir de ella”, dijo a la defensiva.

“¿Dónde?”

Nombró una oscura revista académica.

“¿En ningún otro sitio? ¿No has sido capaz de encontrar una revista más prestigiosa a la que llevar tus conjeturas infundadas sobre nuestras mujeres?”.

Sacudió la cabeza, deseando no haberse dejado seducir tanto por él como para bajar la guardia y decir cosas que no debía.

“Así que, por favor, ilumíname. ¿Cuál es la conexión entre tu actual interés por la arquitectura y el estado de nuestras pobres y subyugadas mujeres? ¿Qué es lo que has venido a estudiar?”.

Se le secó la boca al abrirla para pronunciar la única palabra que, de algún modo, ahora sabía que le resultaría aún más desagradable.

“Vamos”, dijo, su tono era todo lo contrario de alentador.

“Harenes”, susurró.

“Harenes”. Pronunció las dos sílabas con áspero énfasis, como si la palabra le supiera a podrido.

Ella asintió. “Creo que tenéis una tradición de harenes”.

“Lo hacemos”. Ni siquiera se molestó en negarlo. La injusticia de esto le dio confianza.

“Entonces, ¿no te importará enseñarme los harenes y cualquier registro relacionado con ellos?”.

Se inclinó hacia delante, apoyando su peso en los brazos cruzados sobre la mesa. “¿Y por qué, si se puede saber, deseas ver los edificios del harén y descubrir qué ocurría en ellos?”.

“Porque...” Sintió el martilleo de su corazón durante unos segundos mientras la adrenalina bombeaba por sus venas, dándole valor. “Porque me interesan las mujeres, y este país en particular”.

“Eso, doctora Maitland” -registró que había dejado de llamarla por su nombre de pila- “no explica por qué desea que le enseñe los edificios del harén de mi palacio, ni sus registros sobre el tema. Si sólo te interesaran esos dos temas, podrías escribir sobre cómo nuestras mujeres trabajan junto a los hombres en el campo, cómo son tan cultas como ellos. Pero eso no te interesa, ¿verdad?”.

Sus ojos brillaron y ella retrocedió un poco. Esperaba que no se diera cuenta. Sacudió la cabeza. Él se echó hacia atrás, como si de repente lo hubiera entendido.

“¿Y el título real de tu libro es?”

Era inútil ocultarlo. “Las mujeres en los harenes: ¿concubinas conquistadas o diosas domésticas?”.

Cerró los ojos y suspiró. Cuando volvió a abrirlos, sus ojos estaban oscuros por la ira contenida.

“¿Fue idea de tu editor?”, preguntó. “¿Algo sexy y salaz para hacerles ganar dinero, a nuestra costa?”

“No a tu costa. No, escribiré sólo lo que descubra y será justo”.

“Ah, ¿entonces no niegas que es idea de tu editor?”.

Sacudió la cabeza. ¿Cómo iba a hacerlo? “No, pero...”

“¿Pero qué, Dr. Maitland? ¿Quiere seguir adelante, escarbar en la suciedad y presentar esa suciedad para que millones de personas paguen dinero por leerla?”.

Era exactamente lo que ella quería. “¿Crees que millones de personas estarían interesadas?”, no pudo evitar preguntar. Pensar en lo que eso podría suponer para su carrera era alucinante. Aseguraría su futuro como académica titular. Entonces vio su rostro, oscuro y peligroso.

Sacudió la cabeza y su labio se curvó con sorna. “¿Eso es todo lo que se te ocurre? ¿Eso es todo lo que sacas de nuestra discusión?”.

“No, no escribiré sobre nada que no sea verdad. Primero soy académica y feminista”.

“Ah, una feminista. Otra vez esa palabra. Sin duda el director de su facultad le pidió un libro sobre la opresión de la mujer en los países árabes tradicionales.

Hizo un doble gesto. Este hombre estaba bien informado.

No esperó respuesta. “Y por eso aceptaste venir aquí y arriesgarte en esta tierra extraña. Eres valiente, lo reconozco”.

¿Valiente? No estaba segura de ser lo bastante valiente. Tragó saliva, pero no respondió porque no creía que su voz sonara valiente.

“Te daré lo que quieres”, continuó. “Te mostraré los aposentos del harén, te permitiré acceder a los registros del harén”.

Se sintió aliviada. “Gracias.

“Pero” -se inclinó sobre ella, su presencia inundándola- “a cambio quiero algo”.

Su mente repasaba las opciones. Si él quería prestigio, dinero, mención en la investigación, ella lo haría. “Cualquier cosa. Todo su futuro dependía de esto.

Su labio se curvó, como si despreciara su debilidad. “No esperaba que estuvieras tan desesperada”.

No veía la hora de irse. “Por favor, dímelo”. Cuanto antes se lo dijera, antes podría liberarse de su gélida mirada. “¿Qué es lo que quieres?”

“Tú”, dijo. Y con esa sola palabra su mundo se derrumbó. Lo sintió derrumbarse piedra a piedra a su alrededor. El edificio de su vida, que había construido con tanto esfuerzo durante los últimos seis años, se derrumbaba a su alrededor.

“¿Yo? ¿Cómo que yo?”

“Tú, en mi harén”.

Tragó saliva. Seguramente había entendido mal. “¿Tienes un harén?” En ese momento se dio cuenta de lo poco que sabía de aquel hombre, que se había convertido en un extraño ante sus ojos. Todas las cosas que creía saber, se dio cuenta de que las había conjurado en su mente, juntando indicios, pistas para formar un significado que se parecía poco a la verdad. Pensó que estudiaría el pasado. Se equivocaba.

Se inclinó hacia ella, agarrado a los brazos de su silla, con la cara tan cerca de la suya que sólo tenía que moverse un centímetro y sus labios se apretarían contra los de ella.

“Sí. Y, si desea continuar su investigación, ahora será su primera dama”.

CAPÍTULO 4



A ZYIR LE HERVÍA LA SANGRE AL VER QUE A ASHLEY TAMBIÉN SE LE DISPARABA LA TENSIÓN.

"No", dijo ella. "De ninguna manera voy a unirme a ningún harén. Soy una académica respetable".

¿"Respetable"? Quieres escribir sobre sexo y venderlo al mejor postor. ¿Es este el tipo de comportamiento que merece respeto?"

Levantó la barbilla. "¡No es así en absoluto! Estoy utilizando mi investigación...". Buscó las palabras. "Utilizo mi investigación para llegar a un público más amplio. Eso es todo".

"Te estás vendiendo. Estás cambiando sexo por dinero. Y no creas que no lo haces".

"No participo en el sexo", dijo ella, con el acento inglés más primitivo que él había oído nunca. "*Esa* es la diferencia".

Se acercó a ella y observó su reacción. Su primera impresión había sido correcta. Se sentía tan atraída por él como él por ella. Lástima que resultara ser tan testaruda, arrogante e ignorante como todos los occidentales con los que se había cruzado.

"Si no deseas unirte a mi harén, puedes marcharte". Se dio la vuelta para irse.

"¡No!" gritó a su espalda, como él sabía que haría. "No, por favor. Necesito esto".

Se dio la vuelta. "Me doy cuenta. La pregunta es, *¿cuánto* lo necesitas?"

"No puedo volver a Inglaterra sin esta investigación. La necesito... *mucho*".

Se cruzó de brazos y la observó. Sintió que su rostro recuperaba su habitual expresión severa. Ya no estaba de humor para sonrisas. Tenía ganas de darle una lección que nunca olvidaría. ¿Cómo se atrevía a tratar a su país con una falta de respeto tan arrogante?

"Tengo mucho en juego. Mi futuro profesional depende de ello", añadió.

Levantó las cejas. "¿Tu carrera? ¿Y vender tu arrogante visión de mi mundo a occidentales ignorantes es tu forma de asegurar tu carrera?".

Se sonrojó y asintió. "Sí", dijo en voz baja. "Quiero decir, no lo veo así... o al menos yo *no lo* veía así".

"No me interesa *cómo* lo veas. Si deseas aprender sobre el harén, el mejor lugar para ti es en uno. El mío".

Tragó saliva. "¿Qué...?", dijo entre dientes, antes de aclararse la voz. "¿De qué se trata?"

"¿Qué implica normalmente un harén? Pensaba que al menos sabrías eso. *Tú*, con tu conocimiento académico de los harenes, deberías saber al menos lo que pasa en uno".

Ella abrió esos hermosos labios carnosos para responder y un hilo de una palabra surgió en su dulce aliento. "Sexo".

"Me alegro de que su investigación haya sido precisa en ese punto, al menos".

Volvió a sonrojarse. El rosa de sus mejillas contrastaba con la palidez de su piel. El azul de

sus ojos brillaba aún más. Le recordó a los acianos, esparcidos por los verdes campos de Inglaterra que había visto una vez en una película inglesa. En aquel momento había pensado que nunca había visto nada tan hermoso como el pálido cielo acuoso del que caía una lluvia brumosa, creando un mundo lleno de colores frescos y delicados. Todo un contraste con los colores crudos de su propia tierra. Pero las películas no eran reales, se recordó a sí mismo. Y tampoco lo era la apariencia de esta mujer, que ocultaba su arrogante y ulterior motivo para estar aquí tras la hermosa fachada.

"Entonces, ¿cuál es tu respuesta? ¿Te unirás a mi harén, o te irás inmediatamente?"

"¿Esas son mis dos únicas opciones?"

"Sí. No puede haber otra".

Se mordió el labio. No debería haber sido tan seductora. Luego lo miró por debajo de unas pestañas que eran rizos negros sobre su piel pálida. Asintió con la cabeza.

Enarcó una ceja en señal de duda. No descansaría hasta oírla expresar su acuerdo.

Volvió a asentir. "Vale, lo haré".

"¿Hará qué?"

"Ser parte de tu harén. Pero no tendré, ya sabes... sexo."

Abrió las manos de par en par. "Entonces puedes irte."

"No, espera. Vale, tal vez podríamos llegar a otro acuerdo".

"¿Como qué?"

"Bueno, podría mudarme al harén y dormir y trabajar allí, como es tradicional".

Asintió con la cabeza. "Vamos."

"Y entonces podría verte... de vez en cuando..." Se interrumpió.

Podía haber parado allí mismo, pero ahora sentía curiosidad y disfrutaba viéndola retorcerse, preguntándose cómo iba a salir de la situación que había creado con su doblez.

"¿Llamas tradicional a esta versión de un harén? ¡No! Vendré a ti cada noche y tú me entretendrás".

Se puso tan pálida como la luz de la luna. Casi lamentó la demostración de su poder. Casi.

"¿Entretener?", preguntó en un susurro.

Caminó a su alrededor, midiéndola. "Puedes bailar para mí si quieres. ¿Quieres?"

Ella negó con la cabeza. "No puedo bailar. Ya no. Quiero decir... ballet... cuando era joven, pero..."

Dio un gruñido de humor. "Entonces puedes cantar para mí". Hizo una pausa, sorprendido por la expresión de horror en su rostro. "No me lo digas. No sabes cantar".

"No, no puedo. Bueno, puedo cantar pero no es exactamente... afinado".

"Entonces dime qué puedes hacer *exactamente*".

"Puedo hablar".

Gruñó una risa ahogada. "Dudo que eso haya sido nunca un atributo clave de una mujer en un harén. ¿De qué te propones hablar? ¿De la situación del feminismo en Oriente Próximo? ¿Cómo se construyeron nuestros edificios antiguos? ¿Cómo se extraían las tejas? Puedo hablar de esos temas con mis ministros. No me interesa hablar con *usted* de esas cosas".

"No, *más* que eso. Puedo hablar de..." Se encogió de hombros y le miró con impotencia. Tal vez estaba dispuesto a ceder. Había asumido que ella se iría, pero tenía agallas, eso había que reconocerlo. Y también tenía lo que parecía ser una figura increíble debajo de esas túnicas.

"*Sexo"*, dijo, expresando el pensamiento que tenía en mente cada vez que la veía. "Puedes hablarme de sexo. Pero" -miró la túnica tras la que se ocultaba- "no con esa ropa. Quiero seducción, así que debes llevar ropa apropiadamente seductora".

Sus ojos se desorbitaron. “Vale”, dijo entre dientes apretados. “Pero nada de sexo. Sólo *hablar* de sexo”.

Se encogió de hombros. “Ya veremos. No te forzaré. Pero si vienes a mí y me pides que te satisfaga, entonces” -se encogió de hombros- “sería descortés por mi parte negarme”.

Su palidez desapareció bajo un rubor rojo. “Yo nunca...”

Hizo un gesto con la mano. “Ya puedes irte”.

Pero, en lugar de marcharse, se acercó a él, con sus ojos llameantes, que pasaban del azul de los acianos al violeta de un cielo tormentoso. Desgraciadamente, a él le parecían atractivas ambas encarnaciones del color de sus ojos.

“Haré esto porque lo necesito. Pero de ninguna manera haré...” Se interrumpió, como si no pudiera decir las palabras. Pensó que la ayudaría.

“¿Hacer qué? ¿Tener sexo conmigo?” Se encogió de hombros. “Depende de ti”. Dio un paso hacia ella. Su rubor se desvaneció en palidez una vez más, pero él quería demostrarle quién tenía el poder aquí. “Tienes tres días...”

“Pero tengo un visado para más tiempo”.

“Tres días”, dijo con voz firme, “en los que podrás...”. Hizo una pausa para permitirle pensar qué era exactamente lo que podía hacerle. “*Entretenerme*. Pero no soy una persona injusta. Te daré algo a cambio. Por la noche podrás entretenerme y por el día, yo te educaré. Al final de los tres días, ambos habremos ganado algo. Ahora, vete. Prepárate. Tus lecciones comenzarán mañana por la mañana en el casco antiguo.”

“Y luego, más tarde...” Se interrumpió, con la voz entrecortada.

¿”Más tarde”? Vendré a verte al harén. Puedes irte ahora, pero prepárate para seducirme mañana por la noche con tus palabras, en las que tanta fe tienes”.

No supo si fue la palabra “dejar” o “harén” lo que la hizo retroceder. Pero se marchó, con un remolino de sus ropas verdes, dejando sólo su fragancia, sutil pero invasiva. No parecía abandonarle. La inhaló y se instaló en su interior. Le molestaba tanto más cuanto que le producía algo. Le dio algo que ni siquiera sabía que quería.

Con un gesto de la mano, Zyir despidió al personal que había sido testigo mudo de la escena y comenzó a pasearse por la terraza de baldosas, sin ver nada de la belleza que le rodeaba, sólo sintiendo la ira y la frustración palpitantes.

¿En qué momento le había engañado Ashley?

Se sentía como un idiota. Se inclinó sobre la balaustrada y cerró los ojos con fuerza. Pero lo sabía. En cuanto oyó el rugido de su moto a las puertas del palacio, despertó su interés. Se había avivado cuando ella dirigió hacia él su firme mirada azul. Era como mirar en el profundo pozo del mar, un oasis refrescante que prometía saciedad tras su fría fachada inglesa. Y la intriga que había sentido por ella se había disuelto en un intenso deseo cuando la vio salir con confianza a la terraza con la túnica verde que tanto la caracterizaba.

Y luego esto. Había bajado la guardia y había sido engañado. No volvería a ocurrir porque pretendía usar a Ashley con la misma seguridad con la que ella esperaba usarlo a él. Pensó en su cuerpo exuberante bajo esas túnicas verdes. Esperaba cortejarla, seducirla lenta y profundamente. Parecía que ahora no lo necesitaba. Ella haría todo el cortejo, toda la seducción. No habría necesidad de hacer del sexo un requisito, porque ocurriría de todos modos. No había duda de su conexión sexual. Sería una transacción, pero no por ello menos placentera.

Le haría pagar su superioridad con ella misma.

CAPÍTULO 5



¿En qué demonios se había metido?

Era el único pensamiento que latía en la mente de Ashley al ritmo de su acelerado corazón mientras regresaba a sus aposentos a media carrera. No podía poner distancia entre ella y el rey lo bastante rápido. En un instante había pasado de ser un hombre cuya compañía disfrutaba, un hombre que había despertado sus impulsos sexuales con una sola mirada, al rey severo e inflexible de la leyenda.

Hasta que no estuvo a salvo en su suite no pudo relajarse. Se quitó la abaya y el pañuelo, que arrojó al sofá, y se acercó a las ventanas abiertas para aspirar bocanadas de aire fresco del desierto.

Se agarró a la balaustrada del balcón y miró hacia la noche. No había luna, y las estrellas brillaban en el cielo, más de lo que tenían derecho a ser, dada la oscuridad de la tierra en la que se encontraba. Y la oscuridad del alma del hombre al que estaba atada durante tres días más.

¿En qué había pensado al venir a esta tierra extraña?

Recordó la oblicua advertencia de Xander y ahora lo comprendía. En Zyir había profundidades de las que ella no tenía ni idea. Estaba aquí, atrapada en el corazón del palacio, en el corazón de esta ciudad aislada, en lo profundo del desierto, y la única salida era seducir a un hombre al que ahora odiaba.

Pero incluso cuando la palabra "odio" se formó en su cerebro, supo que se estaba mintiendo a sí misma. Se había sentido atraída por él desde el primer momento en que lo vio. Y se había dejado embaucar, creyendo que estaba viendo al verdadero hombre tras aquel sombrío exterior. Pero qué rápido había cambiado. Atrás había quedado aquel hombre encantador, educado y cálido, y en su lugar se alzaba una versión muy diferente, aterradora, inflexible y peligrosa, un hombre que ella sabía que no le daría una segunda oportunidad. Un hombre que quería que hablara de sexo con él.

Dio la espalda a la ventana y observó el opulento conjunto de habitaciones medievales: vigas de madera oscuras y antiguas, paredes de piedra encalada, azulejos de colores y exquisitamente decorados, todo cubierto con las más finas sedas y tapices. Se sentía como un pájaro atrapado en una jaula de lujo y decadencia. Su respiración se aceleró mientras intentaba calmar una sensación de pánico. Se volvió una vez más hacia las ventanas, abiertas de par en par a la noche, y aspiró el aire fresco del desierto, apoyando la frente en la pared de piedra, aún caliente. Cerró los ojos. ¿Podría hacerlo? ¿Podría aguantar tres días?

Se dio la vuelta. *Podía hacerlo,* se dijo con firmeza. Aún podía investigar, encontrar lo que necesitaba, volver a su mundo y alcanzar el éxito que tanto le había costado conseguir. Sólo tenía que actuar un poco. Eso era todo.

Y, al parecer, sus sueños no necesitaban tal persuasión. Estaban llenos de caricias sensuales y ojos oscuros que la desnudaban y más... Sólo se despertó una vez por la noche, jadeando como si estuviera a punto de llegar al clímax y recordó cómo, en sus sueños, él le había hecho el amor. Volvió a tumbarse sobre las sábanas enredadas y se preguntó si, después de todo, sería una actuación.

A la mañana siguiente, la despertó el ruido de la criada que deslizaba una taza de café sobre la mesilla de noche. Levantó las sábanas para cubrir su desnudez y se sentó en la cama, mirando a la mujer con recelo.

"Espero que le guste el café, señora", dijo la mujer en un inglés muy acentuado, pero perfecto por lo demás.

"Gracias", dijo, dando un sorbo al café. Estaba bueno. Exactamente como a ella le gustaba. "Es perfecto". Tomó otro sorbo. "Pero no es tradicional Iremi."

La mujer sonrió mientras se alejaba, manteniendo la mirada perdida. "No. Me ordenaron hacerlo así".

"Y tu inglés..." Tuvo que preguntar. "Es muy bueno. No pensé que hubiera mucho..." Dudó mientras intentaba pensar en una forma educada de formular su pregunta. "Mucha influencia occidental en su cultura."

La mujer enarcó una ceja, sorprendida. "¿No es cierto? Ah, sí. Por supuesto, nuestra cultura es tradicional y muy importante para nosotros. Nunca nos desviaremos de ella. Pero nuestro nuevo rey desea que conozcamos cosas extranjeras, lenguas extranjeras. Tiene una visión diferente a la del antiguo rey".

"¿En qué es diferente?"

"En tiempos del antiguo rey sólo los hombres recibían educación en idiomas. Nuestro nuevo rey la ha ampliado para incluir a todos". El orgullo de la mujer era evidente. "La educación ya no es cosa de hombres. Ahora, señora, le enseñaré lo que le han sugerido que se ponga hoy".

Mientras su doncella se movía por la habitación, seleccionando túnicas del armario como si fuera la suya propia, Ashley no pudo evitar preguntarse por las dos versiones de Zyir. Una, la del rey ilustrado que abría la educación de par en par a todo el mundo. Y dos, el autócrata furioso que le había exigido que se uniera a su harén, y que también parecía tener opiniones sobre lo que debía vestir. No podía conciliar las dos versiones del mismo hombre. Pero le habían informado de que debía reunirse con él dentro de una hora para salir a la ciudad. Sin duda, entonces sabría más.

Ashley estaba lista a la hora acordada. Aparentemente, ella y Zyir debían ir de incógnito. Se preguntó hasta qué punto podrían ir de incógnito rodeados de sus guardias. Pero al menos se sentía anónima tras las túnicas, que no eran tan sencillas como había imaginado. Estuvo a punto de negarse a llevar las "sugerencias", pero cuando vio las túnicas azul oscuro con bandas horizontales de decoración azul claro, aceptó. Finos bordados decoraban las costuras y el dobladillo. Las túnicas eran a la vez dignas y hermosas. Aunque no todas las mujeres llevaban burka, ella sí. Su piel pálida la delataría. En todos los lugares a los que había ido hasta ahora, había sido objeto de interés.

Nunca había encontrado hostilidad alguna por parte de esta nación, que era mucho más amistosa de lo que la prensa le había hecho creer. Se dio cuenta de que siempre que había un vacío de información, las conjeturas sensacionalistas llenaban ese espacio. Los habitantes de Irem se mostraban amistosos, no miraban con recelo nada que no fuera de ellos, sino con interés.

Y también eran educados. Sospechaba que los habitantes, sobre todo los más jóvenes y educados que habían sabido aprovechar el régimen del nuevo rey, sabían mucho más del mundo de lo que el mundo sabía de ellos. Sin embargo, estaba claro que el rey de Irem no quería atraer ningún interés indebido mientras paseaban hoy por la ciudad.

Mientras esperaba a que apareciera el rey, observó las paredes, los techos y el suelo decorados. Estaba todo adornado, como un joyero, y deseó llevar el móvil encima para hacer fotos. Pero se lo habían confiscado al llegar. Irem podía ser amistoso, pero el control que el rey ejercía sobre la información era férreo. Sin embargo, si seguía su juego, podría salir de aquel lugar mágico con todo lo que quería: información y fotografías para su libro, además de su dignidad. En aquel momento confiaba más en la información y las fotografías que en su dignidad.

"¡Dr. Maitland!" Ashley se dio la vuelta para ver a Zyir de pie, con las manos en la cadera, solo. Ni un guardia a la vista. No le había oído entrar. "Si has terminado de mirar al espacio, tal vez podríamos proceder".

Apretó los labios para no lanzarle una réplica brusca y se contentó con mirarle fijamente. Debió de surtir efecto, porque él miró primero hacia otro lado, como si algo le hubiera sorprendido. Se hizo a un lado. "¿Vamos?"

Ella asintió y cruzó la puerta.

Caminaron en silencio por pasajes por los que ella no había pasado antes. Finalmente llegaron a una puerta pequeña y oscura, que él abrió con una llave antigua, y salieron al exterior, inmediatamente consumidos por el ajetreo de la polvorienta calle.

Él asintió detrás de ella. "La Gran Mezquita".

Se dio la vuelta. Poco de Irem se había filtrado al mundo exterior, pero sí fotos antiguas de la mezquita. La había visto el día anterior, pero desde este ángulo, tan cerca, su magnificencia la impresionó de nuevo.

Tuvo que mirar al cielo para ver su cúpula, que brillaba como una joya en el cielo azul. Olvidó dónde estaba, con quién estaba, arrastrada por su esplendor. "Es... es..." Buscó a tientas una palabra para describirlo.

"Sin par, eso es lo que es", dijo Zyir.

"Sí. En todos mis estudios, nunca he visto ni oído hablar de nada que pueda igualar esto. Los minaretes..." Se entretuvo mirando los dos altísimos minaretes que se alzaban a ambos lados de la entrada de la mezquita. Estaban decorados de arriba abajo con azulejos de todos los tonos, pero predominantemente azules. Parecía que los beduinos -tanto entonces como ahora- veneraban el azul, el color de su cielo, pero también el color de algo más milagroso para ellos, el color del mar.

"Es más de lo que imaginabas". Ella lo miró y vio que su rostro se había suavizado, revelando la persona que había creído ver en él por primera vez. Luego desapareció y él negó con la cabeza. "La arrogancia de Occidente, asumir que nada eclipsa a tu propia civilización".

"No, te equivocas. En mi caso, al menos. No soy arrogante".

"Tal vez no. Puede que simplemente seas un ignorante. Me esforzaré por remediarlo".

Le hizo un gesto para que le precediera y, mientras atravesaban el poderoso portal con los relucientes minaretes a ambos lados, Ashley reflexionó sobre sus palabras. Había acertado la primera vez. Porque, no sólo no se había imaginado tanta belleza, sino que tampoco se había imaginado que los hombres fueran tan caballerosos en su país, algo que no tenían en común otros países de Arabia.

La mera visión de Ashley examinando los antiguos pergaminos de una columna con su penetrante mirada hizo que su mente y su cuerpo se agitaran. La atracción estaba ahí, como lo había estado desde el principio, tan intensa como siempre, pero ahora se enfurecía y se agitaba, como un viento tempestuoso sobre las dunas del desierto, al pensar que Ashley deseaba presentar su país al mundo como una exposición en un museo.

Tenía la intención de hacerle una breve visita guiada por la mezquita, contándole los aspectos más destacados, obligándola a ver su belleza. Su intención era enfrentarse a ella. Pero, en lugar de eso, parecía que era él quien se enfrentaba. Porque cada vez que se adelantaba y enumeraba los puntos más destacados de una característica, miraba a su alrededor y descubría que Ashley seguía en el lugar anterior, con la mano acariciando un azulejo, con la mirada acariciando su intrincada decoración. Esperaba tomar notas y apreciar los detalles intelectualmente, pero lo que obtuvo fue una apreciación *instintiva*, emocional y totalmente inesperada.

Al final, giraba la cabeza, captaba su mirada y se apresuraba a ir a su lado. Se mantenía alejada de él, y él se lo agradecía. Ya era bastante difícil seguir el guión sin la presencia de ella a su lado, sin que su fragancia lo llenara. Incluso con la túnica tradicional que él había insistido en que vistiera, era hermosa. La forma en que se mantenía, con la mirada firme y los hombros hacia atrás, como si estuviera preparada para enfrentarse a lo que se le pusiera por delante. Eso le gustaba. Y sus ojos... Ese azul profundo que le llegaba al corazón. Ella le miraba ahora, sus ojos interrogantes, sus labios cerrándose después de haber hablado. Se paró en seco. ¿Qué se le había escapado?

"¿Perdón?", preguntó.

"¿Adónde lleva esa escalera?", repitió.

"Ah". Se aclaró la garganta, enfadado consigo mismo por haber perdido la concentración, mirando a través del patio en el que se encontraban, hacia la escalera que se elevaba misteriosamente en una esquina. "Se lo mostraré más tarde. Primero quiero enseñarte el *shabestan*, el corazón de la cámara del santuario". Sin esperarla, se dirigió al centro del patio, sobre el que se alzaban arcos abovedados de ladrillo.

"Es precioso". Miró a su alrededor. A esa hora del día todo estaba en calma, y se tomó su tiempo para contemplar los amplios arcos que enmarcaban la piscina central y contribuían a crear un ambiente fresco y confortable. La cúpula del techo se elevaba hacia el paravientos, muy por encima de ellos. Se volvió hacia él con los ojos muy abiertos. "Y tan chulo. ¿Tiene un *qanat* y un atrapavientos?".

"En efecto". Asintió con aprobación. Sabía lo que hacía. "El aire caliente del exterior se introduce en el suelo, donde es enfriado por el agua y las paredes del túnel. Al mismo tiempo, el aire caliente del interior es aspirado por el cortavientos y expulsado por una abertura opuesta a la dirección del viento...".

"Lo que crea la presión más baja, que extrae el aire frío del subsuelo y lo introduce en la cámara". Sí, los he estudiado. Inventados al menos 3.000 años antes que nuestros modernos sistemas de ventilación. Sofisticados, eficaces y"-tensó el cuello para mirar hacia el cortavientos-"silenciosos y hermosos".

Aunque hubiera querido, no habría podido apartar la mirada de ella. Con sus labios aún reteniendo la última palabra, no pudo evitar pensar que también se refería a ella. Tenía los labios carnosos, abiertos, y se pasaba la lengua por el centro del labio inferior, mientras contemplaba concentrada las complejidades de la decoración. Cómo le gustaría ser objeto de una atención tan concentrada. Tenía la mente entrenada de una académica, capaz de borrar cualquier cosa que la distrajera de su propósito. Por suerte para él, esta noche su objetivo sería él.

Le miró de repente, pillándole desprevenido. “¿No te parece?”, le preguntó.

Se aclaró la garganta y miró a su alrededor, miró cualquier cosa con tal de que no fuera ella. Tenía la sensación de que aquellos ojos mirarían directamente a su mente y a su alma y lo descubrirían todo allí. “Por supuesto. Es una maravilla del mundo de la que pocos en Occidente se ocupan”.

“Lo soy”, respiró ella, con aquella voz baja y ronca que le erizaba la piel, erizándole el vello, como si lo acariciara con los dedos. Tenía que controlarse.

“Sí, lo sé”, dijo. Se obligó a mirarla, preparándose para el ataque de sus ojos. “Y tú eres uno de los pocos”.

“Por ahora, tal vez, pero eso puede cambiar”.

“¿Y cómo cambiará eso exactamente si...”

“Cuando...”

“*Si*”, enfatizó, “se publica un libro sobre harenes. Se perpetuarán los viejos estereotipos de mi país”.

“No necesariamente. Depende de lo que descubra durante mi investigación”.

Enarcó una ceja cínica. Necesitaba saber que no se dejaría engañar. “Tienes tres días. ¿De verdad crees que cambiarás de opinión?”.

“Asumes que ya he tomado una decisión. Supones mal”. Le dio la espalda con un movimiento de la túnica y se acercó al estanque cuadrado del centro de la cámara. Su reflejo se unió al de los azulejos que centelleaban en lo alto y parpadeaban cuando la brisa refrescante atravesaba la cámara, agitando ligeramente el agua. Tan agitada como él la había dejado. Se dio cuenta de que tenía razón. Sabía que tenía la mente de un académico, así que se equivocó al suponer que no estaba abierta a ideas o información. Y, sin embargo, le había dado poca información.

Caminó hacia ella, dejándose acercar. Quería ver su reacción. Se sintió satisfecho al ver que sus ojos se oscurecían cuando levantó la vista. Era tan consciente físicamente de él como él de ella. Esta noche sería interesante.

“Tienes razón”. Ella nunca sabría cuánto le costaría admitirlo. Era raro que admitiera que estaba equivocado. En parte porque rara vez se equivocaba. “Nuestra Gran Biblioteca está cerca. ¿Quizás te gustaría ir allí después?”

La oscuridad de sus ojos se transformó al instante. Era como si el sol hubiera salido de detrás de una nube oscura y atronadora. El efecto fue transformador, al menos para él.

Se hizo a un lado y le permitió pasar primero por la salida y salir de la mezquita. No era habitual, pero no parecía que los próximos días fueran a ser “habituales”.

CAPÍTULO 6



EL DÍA PASÓ DEMASIADO DEPRISA, Y LA NOCHE YA HABÍA CAÍDO COMO UNA CORTINA SOBRE LA exótica tierra. Al igual que su gobernante, pensó Ashley, mientras miraba por la ventana hacia donde los edificios de adobe se suavizaban bajo el azul añil del repentino crepúsculo, Irem parecía ser o oscuro o claro. Parecía que no había lugar para ninguna sutileza, ni con el país ni con el hombre.

Pero tal vez descubriera otra faceta de aquel hombre, como había hecho aquel primer día. La idea era a la vez alarmante y seductora. Se sonrojó al imaginar lo que le esperaba. Había hecho todo lo posible por prepararse para la noche que le esperaba en el harén de un modo académico, devorando los documentos y libros de palacio sobre el tema, sin detenerse en su aplicación práctica. Pero sabía que no había hecho lo suficiente. Porque se había distraído con demasiada facilidad.

Había sido bastante fácil *no* pensar en el harén porque los papeles y libros que había desenterrado en la biblioteca de la ciudad, contigua al palacio, eran fascinantes. Se había convencido a sí misma de que prepararse para la noche que se avecinaba podía esperar porque sólo disponía de tres días y tres noches para estudiar los tesoros ocultos en la biblioteca, antes de tener que partir. Era una idea frustrante, porque necesitaría una eternidad para hacer justicia al rico filón de investigación que había encontrado -tanto sobre el harén como sobre la arquitectura histórica y la cultura de la ciudad-, pero tres días le darían material suficiente para avanzar en su carrera. *Tenía* que ser suficiente, porque el precio de una estancia más larga era demasiado alto.

Se levantó y giró los hombros, rígida tras una tarde inclinada sobre los manuscritos decorados con su letra pulcra pero pequeña. Había aprendido mucho de las imágenes y las historias que había descubierto de las mujeres que habían vivido en el harén a lo largo de los siglos. Incluso del padre del actual jeque, que tuvo varias esposas e hijos que vivieron en el harén. El problema era que lo que había encontrado no era salaz. Lo único sexy que había descubierto era una serie de relatos de seducción escritos a mano por la madre del actual jeque. Sonrió para sus adentros. Dudaba que Zyir conociera su existencia. Lo habían colocado en las estanterías junto con otras obras. Lo curioso era que las historias de seducción no contenían nada de la mansedumbre que Ashley había esperado encontrar. En cambio, revelaban un poder que Ashley nunca había considerado en relación con un harén. Parecía que las mujeres fuertes podían encontrarse en cualquier parte, incluso en el pasado, incluso en un harén.

Y entonces se dio cuenta. Puede que no supiera qué decir con sus propias palabras, pero podría usar las de otra persona. No las de las personas cuyas palabras había estado leyendo todo el día, sino las de un poeta. Nadie podía expresar mejor el amor y la seducción que el poeta persa Rumi. Sólo tenía un par de horas para memorizar la poesía que había conocido en la universidad,

un par de horas para escudriñar y encontrar los versos que satisficieran el requisito de seducción del rey. Y que también satisficieran su exigencia de *no* ser seducida.

Ashley caminaba por los oscuros pasillos, acompañada por el siempre presente sonido del agua. Suaves chapoteos provenían de las fuentes y entre los jardines. Estaba presente en el goteo del agua al abrirse paso por los estrechos riachuelos de un jardín a otro, conectando y entrecruzando todo el palacio desértico con esa comodidad con la que los occidentales no asociaban el desierto. Pero parece que los manantiales eran profundos y constantes, muy por debajo de la ciudad, y muy capaces de sustentar la ciudad de Irem.

Los jardines se volvieron más exuberantes a medida que se adentraba en el centro más antiguo, el harén, desde las alas exteriores del palacio. Las flores, con sus pétalos exuberantes y sus aromas penetrantes, eran cada vez más seductoras cuanto más se adentraba. Se obligó a seguir avanzando. Pero cuando se detuvo frente a la fabulosa entrada de piedra tallada del harén, donde siglos atrás los eunucos montaban guardia, sintió que sus nervios flaqueaban.

Alisó con las manos el vestido de seda transparente que había elegido entre los armarios que le habían abierto. Fueran de quien fueran, los vestidos habían sido diseñados para seducir. El material era de la seda más fina, los colores tan vibrantes como las joyas que lo adornaban y el corte no dejaba nada a la imaginación. Pero entonces, pensó, inhalando profundamente para calmar sus nervios, necesitaba facilitar al máximo la seducción del rey Zyir. Sólo así tendría asegurado su futuro. Él le había prometido que no la tocaría a menos que ella lo deseara, lo que significaba que lo único que ella tenía que hacer era asegurarse de que no lo deseara. Ese era el único peligro.

Levantó la cabeza, decidida a ignorar la forma en que la seda semitransparente se ceñía a sus pechos, y empujó las pesadas puertas. Su falta de uso era evidente por el crujido de las bisagras y las motas de polvo que florecían bajo los rayos del sol poniente, que se extendía por la habitación.

Vio a Zyir inmediatamente. Estaba de espaldas al sol poniente, cuyos rayos irradiaban a su alrededor, haciéndole parecer aún más poderoso de lo que era. Se preguntó si estaba allí a propósito.

“Llegas tarde”, dijo. “Esperaba que estuvieras aquí cuando yo llegara”. La miró con el ceño fruncido y se sentó en lo que parecía un trono. Así que era aquí donde el jeque debía sentarse para recibir a sus mujeres. Que empiece la representación, pensó, mientras se dirigía hacia donde él le indicaba, frente a la ventana, y se inclinaba.

“Le pido disculpas, Alteza”, dijo con una voz lo más recatada que pudo. El problema era que sonaba aún más ronca que de costumbre, pero poco podía hacer al respecto. “Me he estado preparando para su visita, anticipándome a sus necesidades”. Ella levantó la vista de debajo de las pestañas bajas y la expresión de sus ojos cambió, acalorada e intensificada como si se hubiera avivado un fuego. Al parecer, no había subestimado el poder de las palabras para inflamar.

“¿En qué sentido?”, preguntó, acomodándose.

“En primer lugar, en mi ropa. Espero que te guste”. Abrió los brazos para dejar que la tela de gasa cayera y ondeara con la brisa que entraba por la ventana. Demasiado tarde, se dio cuenta de que los últimos rayos de sol que quedaban tras ella harían su vestido aún más transparente, su cuerpo aún más visible a los ojos de él. Fue a moverse, pero él negó con la cabeza.

“Deseo que te quedes donde estás”.

Ella sabía por qué. Pero, ¿no era por eso por lo que estaba allí? Se puso tensa bajo su mirada,

pero se sintió satisfecha al ver que se frotaba el labio como si le molestara. El vestido funcionaba. Le dio confianza para continuar. Giró sobre sí misma, disfrutando de la evidente admiración que vio en sus ojos cuando giró no una, sino dos veces, con la tela volando y flotando a su alrededor en una bruma de naranjas y rojos. Saboreó el movimiento del aire sobre su piel, libre de cualquier otra prenda, y la sensación de la alfombra de felpa bajo sus pies descalzos.

Se enfrentó a él una vez más y bajó los brazos. “Como puede ver, hice lo que me ordenó, Alteza”. Volvió a bajar los ojos. Era una representación, pero de algún modo le estaba gustando, empezaba a asumir el papel que le habían asignado. El placer recorrió su piel, impulsado por su intensa mirada, tan fuerte como la brisa refrescante.

“Sí, puedo ver”. Estaba segura de que sí. Sus ojos recorrieron su cuerpo y por un momento se sintió excitada y asustada, y sobre todo, confusa. Miró a su alrededor en busca de una salida y vio la puerta abierta al jardín.

“¿Tienes intención de escapar?”, preguntó.

Le devolvió la mirada. La devoraba con los ojos. Tendría que haber huido, pero sus temores se vieron consumidos por un conocimiento preponderante de su propia sensualidad y de las necesidades de su cuerpo, que respondían a su mirada.

“No. Tú me ordenaste estar aquí, y aquí estoy. No se me ocurriría desobedecer tus órdenes”.

Su única respuesta fue entrecerrar los ojos. Le gustaba que estuviera inseguro. “¿Es eso un hecho?” Sonaba como si supiera que no lo era.

Se sentó en el cojín frente a él, consciente de que su bata se acomodaba de forma reveladora, dejando al descubierto su escote y la forma de sus pechos.

Mantuvo los ojos bajos, para poder seguir actuando más fácilmente. “Tienes razón, por supuesto. Podría soñar con desobedecerte”. Le miró a los ojos. “Pero nunca lo haría. Tú eres el Rey aquí en Irem, y el gobernante absoluto. Si desobedeciera tus órdenes, no se me permitiría quedarme”.

Él asintió a regañadientes. Sus ojos brillaron, y ella se preguntó por qué. No tardó en tener su respuesta. “¿Y con qué más sueñas?”

“Sueño con muchas cosas. Pero, Alteza, son las palabras de ese maestro de la poesía, Rumi, con las que pretendo dirigirme a usted.”

Agitó la mano. “Son *tus palabras las que* deseo escuchar ahora. Puedes recitar a Rumi más tarde si lo deseas. Dime, ¿con qué sueñas?”

Su primer instinto fue decirle adónde ir, pero eso sería el fin de su estancia aquí, el fin de sus sueños de un futuro seguro. Ella estaba aquí para seducirle con sus palabras, y parecía que él quería sus propias palabras. Pero, ¿cómo podía hablarle de sus ensoñaciones? Hacía tiempo que había confinado su sensualidad a sus sueños. Era más seguro así.

Suspiró. “¿Puede empezar por decirme *cuándo* sueña, de día o de noche?”

Se lo estaba poniendo un poco más fácil. Podía empezar por el principio.

“No tengo tiempo para soñar durante el día. Estoy ocupado: leyendo, trabajando, viajando... siempre ocupado”.

Asintió con la cabeza y se sentó en su silla, con el dedo apretado contra los labios, como si estuviera considerando sus palabras. No quería que reflexionara demasiado, pues de lo contrario correría el riesgo de que él la conociera. Y saber era poder.

“Es por la noche cuando sueño”, dijo rápidamente, queriendo acabar de una vez. Quizá cuanto más le diera, más rápido se daría por satisfecho y le permitiría recitar poesía. “Si no puedo dormir, me quedo quieta, cierro los ojos y pienso en cosas diferentes”.

El breve silencio sólo se llenó con el sonido de un golpeteo en la ventana, de una robusta

enredadera cuyas hojas se agitaban al viento.

"¿Qué cosas?"

Se encogió de hombros, queriendo burlarse un poco de él. "Ovejas. Contar ovejas, ese tipo de cosas".

Sus ojos se entrecerraron peligrosamente. Estaba claro que no estaba aquí para bromas ni para que le tomaran el pelo. "¿Qué cosas?", gruñó.

"Depende", dijo.

"¿Sobre qué?"

"Sobre cómo me siento". Se lamió los labios mientras reflexionaba sobre las cosas que la mantenían despierta. No era una mujer promiscua, a pesar de tener una libido sana. No deseaba entregar su poder a un hombre que pudiera herirla, que pudiera dañar su autoestima, su trayectoria profesional, sus amistades, su vida. Tenía que ser fuerte, tenía que darle algo de lo que sabía que él quería. Eran sólo palabras, se recordó a sí misma. "A veces, cuando me acuesto, mi mente está cansada de trabajar, pero mi cuerpo -se encogió de hombros- *no está* cansado. Quiere más. Mi cuerpo desea más de mí".

"¿Y le das más?"

Le bastó un simple movimiento de cabeza. Fue suficiente para oscurecer sus ojos de deseo.

"Entonces..." La pausa se alargó, abarcando visiones de lo que hacía en la intimidad de su cama. "¿Y con qué sueñas mientras te das placer?"

¿Soñaba? Soñaba con cosas que nunca podría admitir en la vida real: locuras, utilizar su cuerpo para obtener la máxima satisfacción y ser utilizada por los hombres de formas a las que nunca se sometería a la fría luz del día. Tenía que cambiar de tema. Se negaba a pasar de la fantasía a la realidad a un nivel tan personal. Tenía que responder a su pregunta, estaba de acuerdo, pero no le diría lo que él quería saber. Tenía que reconducir la conversación.

Se aclaró la garganta. "Quizá pueda describir mejor mis sueños nocturnos utilizando las palabras del poeta persa Rumi, que tiene un dominio de las palabras que yo, como mujer" -le lanzó otra mirada sombría que negaba sus palabras- "no me imagino capaz de superar".

Le indicó con la cabeza que procediera.

Las ensayó mentalmente. No quería fallar ni arruinar la poesía.

"*Por la noche, antes de dormir, te quitas los zapatos apretados y tu alma se libera en un lugar que conoce. Los sueños se deslizan más profundamente*".

"Los sueños se deslizan más profundamente", repitió. "¿Y adónde te llevan tus sueños?".

Maldición. Se negó a ser desviado. Tenía que darle algo. Después de todo, ella había aceptado este método de seducción.

"A un lugar donde pueda satisfacer las exigencias de mi cuerpo, donde los hombres estén ahí para darme placer".

"¿Hombres? ¿En plural?", preguntó con una ceja levantada.

"Es una fantasía, Su Alteza".

"Y tu fantasía implica..."

"Sexo".

"¿Estás penetrado?"

Parpadeó. Era una palabra curiosamente poco erótica. "Sí."

"¿Y estás vestida?"

"A veces, a veces no".

"¿Esto ocurre en público o en privado?"

"Público", murmuró.

“Lo siento, no te oí.” Seguro que sí.

Respiró hondo. “En público, donde la gente puede observar cómo el hombre me penetra, una y otra vez y libera su semilla en lo más profundo de mí, llevándome a un orgasmo que a menudo me despierta”. Las palabras le salían a borbotones. Esperaba que dándole lo que quería, pudieran dejar el tema. Por desgracia, las palabras despertaron en ella un deseo. Estaba húmeda entre las piernas, palpitante de una necesidad que los recuerdos de sus fantasías despertaron en su interior.

No habló durante unos minutos. Parecía que ella también le había dado algo en qué pensar. Luego le hizo un gesto para que se acercara.

“¿Alteza?”, preguntó ella, esperando que no fuera a incumplir su promesa de no mantener relaciones sexuales.

“Acércate. Quiero que estés ante mí. Acércate”.

“¿Y eso es todo?”

“No, deseo tomarte de la mano”.

“Pero la poesía...”

Hizo un gesto con la mano, impidiéndole hablar. “Puedes recitar algo de poesía mañana por la noche. Pero ahora no estoy de humor”.

“¿Qué te apetece?” Tenía que saberlo.

“Acércate y te lo enseñaré”.

Hizo lo que él le decía, acercándose a él para que sólo tuviera que poner las manos a ambos lados de la silla, inclinarse y besar aquellos labios en los que había pasado gran parte del día intentando no pensar. En lugar de eso, bajó los ojos. Se dio cuenta de que así era más fácil. Podía ocultar sus pensamientos.

“¿Y qué me mostrarías, mi jeque?”

Le tendió la mano y le levantó la barbilla, y su mirada se encontró con la suya por primera vez aquella noche. “Pensé que te estaría enseñando cosas, Ashley. Pero parece que tú también me estás enseñando a mí”. Le pasó el dedo por debajo de la barbilla, bajando hasta el hueco de la base de la garganta. Luego levantó la vista y la miró. “He aprendido que no me gusta ver una mirada perdida”.

No movió el dedo, sino que lo mantuvo bajo su barbilla. Sentía como si su tacto fuera el centro de su ser, como si todos sus puntos irradiaran de él. La conmocionó hasta la médula que un simple contacto pudiera tener ese efecto. ¿Por qué? ¿Su historia, diseñada para seducir al hombre, también la seducía a ella? Sabía que sí. No podía negar la evidencia. Sentía su sexo hinchado, como si quisiera que él pusiera su dedo allí, en lugar de en su barbilla, y sus pechos la traicionaban. Siguió su mirada hasta la blusa de gasa que llevaba, donde sus pezones endurecidos sobresalían de la tela transparente contra la que se tensaban sus pechos.

Se preguntaba si se la llevaría allí mismo, y sabía que si lo hacía, no haría nada para impedirlo. No porque no tuviera poder para hacerlo, sino porque no quería detenerlo. Cada parte de ella anhelaba que la hiciera suya.

Ella sabía que él lo sabía porque lo vio en sus ojos.

“Dame la mano”.

Ella tragó saliva pero, sin dejar de mirarle, levantó la mano. Él pasó los dedos por el dorso de la suya y, agarrándola, la empujó contra su vientre. Su mirada desafiaba la suya, pero ella no podía hacer nada. Se sorprendió al sentir el calor de la palma de la mano contra el estómago, sujeta por el firme agarre del hombre. Sin dejar de mirarla a los ojos, empujó la mano de ella hacia abajo hasta que quedó pegada a su sexo. Enroscó los dedos, amoldando los suyos a la forma de su sexo. Ella se sacudió involuntariamente al sentir la presión de sus manos unidas

sobre el clítoris, y sus caderas empujaron para responder a esa presión.

Una oleada de calor invadió su cuerpo y la humedad empapó el fino material a través del cual sus manos unidas presionaban su sexo.

"Ahora", dijo, con la voz ronca por la lujuria. "*Muéstrame* lo que haces para satisfacerte".

Podría haberse negado. Sabía que podía, pero no quería. Era una fantasía sexual que nunca antes había imaginado, pero que podía llevar a cabo aquí y ahora, y luego desaparecer de aquel hombre y de aquel país en cuestión de días, para no volver a ver a ninguno de los dos.

Se lamió los labios mientras su respiración se aceleraba. Movió los dedos, buscando los lugares que la excitaban. Los dedos de él seguían sus movimientos. La estaba complaciendo y, sin embargo, mantenía su palabra de no tocarla. Era impresionantemente excitante.

Ella empujó sus caderas contra sus manos, lentamente al principio pero con ritmo creciente a medida que primero un dedo se deslizaba dentro de ella, seguido de otro. Sus rostros estaban cerca, pero él no intentó besarla, sólo la observó mientras el placer aumentaba y todo pensamiento huía bajo el éxtasis de su cuerpo. Su respiración se volvió agitada mientras se tambaleaba al borde del orgasmo. Bastó una ligera contracción de la mano de él para que su propia mano la llevara al éxtasis de la liberación. Gritó mientras sus entrañas se estremecían de placer y sus manos y pies hormigueaban con las intensas sensaciones que seguían brotando de aquel punto, no de su mano, sino de los ojos de él clavados en ella.

Si él no le hubiera soltado la mano y la hubiera sostenido, se habría caído con la agotadora sensación de debilidad que la invadió. Él se levantó y ella se dejó caer contra él durante unos instantes, hasta que recuperó la respiración. Olía intensamente sexy, pero cuando ella acercó los labios a su cuello, él se apartó.

La sujetó por los brazos unos instantes hasta que se irguió. Y entonces se apartó. Ella apenas podía creerlo.

"Buenas noches, Ashley."

Sin más caricias, besos o palabras, se dirigió a la puerta, dejándola incrédula. Cuando la puerta se cerró tras él, se dio la vuelta y miró a su alrededor, sin ver la belleza de las paredes decoradas, los colores joya de las alfombras tejidas ni las aguas tranquilizadoras de la fuente. No, todo lo que podía sentir era que Zyir la había enganchado en el extremo de un largo sedal y la había atrapado. Pero, en el momento en que podría haberla tenido, la arrojó lejos de nuevo. Pero volvería. Tenía la noche de mañana, y la noche siguiente. Y la próxima vez se aseguraría de conseguir lo que quería: hacer realidad sus fantasías. Con poesía o sin ella.

Zyir se alejó con la mente llena de Ashley. Sabía que podría habérsela llevado allí mismo. Se detuvo en la entrada de sus aposentos, mientras imaginaba lo que podría hacerle a su exuberante cuerpo desnudo. Había necesitado todo lo que tenía para alejarse, pero necesitaba demostrarle quién tenía el control, quién sería obedecido aquí.

Cerró la puerta y los ojos. La imaginó de pie ante él, cualquier cosa menos servil. Estaba en cada centímetro de su cuerpo, en cada parte de su inteligente cerebro y, lo que era más importante, en su espíritu puro y amoroso. Había comprendido las dos primeras cosas -su cuerpo y su cerebro-, pero no tenía ni idea de que sus palabras de seducción revelarían el corazón de la mujer. Y eso era lo más seductor de todo. Y lo que le hizo salir corriendo. Podía manejar muy bien el sexo, pero ¿el amor? Eso era un asunto completamente diferente. Sexo que podía esperar para mañana por la noche. No la rechazaría dos veces. ¿Y después? Ella se iría y no pensaría más en el amor.

CAPÍTULO 7



ASHLEY APARTÓ LOS PAPELES QUE HABÍAN CONSEGUIDO ABSORBER SU INTERÉS DURANTE TODO EL día. Agradeció tener el tipo de mente que podía concentrarse en un libro excluyendo todo lo demás. Su madre solía decir que la casa podía incendiarse y Ashley no se daría cuenta si tenía la cabeza metida en un libro. Y ahora estaba agradecida por ello, porque al menos significaba que podía dejar de pensar en lo que había ocurrido en el harén. Eso le dio un respiro de las mejillas sonrojadas por la vergüenza y los vívidos recuerdos de cómo su contacto había encendido su cuerpo.

Gimió al recordarlo y apoyó la cabeza en las manos, mientras los ecos de las sensaciones que la habían invadido la seguían recorriendo. ¿Cómo iba a mirarle a los ojos con profesionalidad? Por la forma en que había reaccionado ante él, estaba claro que todo lo que había dicho sobre el sexo no había sido más que eso: palabras. Todo lo que había tenido que hacer era mirarla, tocarla, y ella se había convertido en masilla en sus manos. Y, lo que era aún peor, no podía esperar a la noche siguiente, cuando podría llevar las cosas aún más lejos. Porque estaba decidida. Lo quería y lo tendría. Porque en unos días ella se iría y todo esto sería un recuerdo.

Levantó la vista con renovada determinación y cerró los antiguos tomos que, sospechaba, no habían sido tocados en siglos. Pensara lo que pensara de Zyir, reaccionara como reaccionara físicamente ante él, le estaba agradecida por el libre acceso que le había dado a los archivos de su país.

En sólo dos días había recogido suficiente información para dar cuerpo a su libro sobre los harenes y convertirlo en el tipo de libro que buscaba la editorial, aunque no fuera exactamente lo que ella quería escribir. Había descubierto mucho más de lo que esperaba, hechos que cuestionaban sus propias ideas y creencias.

Suspiró. Había tanto trabajo que podía hacer aquí sobre la arquitectura de la ciudad, tanto que aprender. Pero con su insistencia en la investigación sobre el harén había cortado toda posibilidad de seguir investigando. Lo que le había parecido una excelente manera de avanzar en su carrera ahora le parecía mucho menos que excelente. De hecho, pensó mientras recogía sus cosas y se dirigía a la salida, empezaba a parecerle un error, pero un error al que se había comprometido. Le gustara o no.

Mientras caminaba por el paseo exterior con vistas a las llanuras circundantes, un ave rapaz llamó su atención. Giraba en torno al viento que se movía por encima de la ciudad. Estaba completamente libre y, durante un largo instante, pareció suspendida en el aire, antes de desaparecer como un punto cada vez más pequeño en el brillante cielo azul.

Puede que ahora no sea libre, pero lo será. Dentro de dos días saldría de este lugar con toda la información que necesitaba para ser exactamente como ese halcón: ir a donde quisiera, ser quien

quisiera ser. En unos días sería libre. Pero, incluso mientras pensaba esto, se preguntaba hasta qué punto sería libre con el recuerdo del tacto y la mirada de Zyir siempre dispuestos a perseguirla en cuanto relajara la mente.

Las puertas de la suite del rey se abrieron para Ashley sin apenas saludarla, mientras se dirigía a reunirse con Zyir a la hora acordada. Era media tarde, y había pasado el día investigando según lo acordado, pero ahora parecía que Zyir deseaba ampliar su educación de otras maneras. No podía evitar sentir curiosidad y nerviosismo. ¿Reconocería él lo que había pasado entre ellos? ¿O se limitaría a ser la académica visitante, a la que tolerarían por poco tiempo antes de echarla del país que empezaba a amar?

No tardé mucho en averiguarlo.

Al abrirse un segundo juego de puertas, Ashley se encontró en un despacho. A un lado había una mesa de juntas y, al otro, un centro de comunicaciones. Pero su mirada no se apartó de lo que tenía delante: Zyir, sentado detrás de un gran escritorio. Le dedicó una breve y fría inclinación de cabeza antes de mirar los papeles que tenía sobre la mesa.

Las mariposas que habían estado revoloteando ligeramente en sus entrañas ahora se volvieron locas. Se alegró de no tener que enfrentarse a aquella mirada, ya que le proporcionó unos momentos preciosos para serenarse. Respiró con calma para contrarrestar el poder que él emanaba, no sólo como rey, sino también como hombre.

Su traje de etiqueta caía en suaves pliegues sobre sus anchos y poderosos hombros, y un keffiyeh blanco cubría su cabeza. Pero fue en sus dedos donde se detuvo su mirada. Sus manos eran grandes, pero también elegantes, y sostenían la anticuada estilográfica en el aire mientras leía el periódico, con toda la compostura y la presencia de un director de orquesta con la batuta en la mano, a punto de crear música o de cortarla. Eran manos poderosas. Cerró los ojos brevemente al recordarlas presionando su mano, ayudándola a llegar al orgasmo.

Cerró las manos en puños, tratando de olvidar la intimidad de la noche anterior, decidida a sumergirse en el momento. Pero otra inhalación de aliento la unió más íntimamente a él, impregnada de un rastro de loción para después del afeitado. Pasaron unos segundos antes de que firmara el papel, mirara a su ayudante y empujara la funda de papeles hacia él. Le hizo un gesto para que se marchara, lo que hizo con una reverencia obsequiosa antes de cerrar la puerta tras de sí.

Ahora estaban solos y, sólo después de que él cerrara el portátil con un clic, levantó la vista hacia ella, con una intensidad repentina que la hizo jadear. No podía apartar la mirada de la suya. La tenía cautivada, igual que la noche anterior. Parecía que no habría olvido.

“Dr. Maitland”, dijo, la luz de la ventana a sus espaldas daba aún más fuerza a su presencia. “Por favor, tome asiento.”

Esbozó una breve sonrisa nerviosa y tomó asiento frente a su escritorio.

“Confío en que tu investigación haya ido bien hoy”.

Sus ojos le enviaron un mensaje diferente. Ella se concentró en lo que él decía porque no creía poder soportar nada personal, ninguna referencia a su encuentro físico de la noche anterior.

“Sí, gracias”. Las palabras le salieron sin aliento, así que decidió no dar más detalles.

“¿Y te dieron todo el acceso que necesitabas?”

Ella asintió. “En efecto.”

“Bien. Tal vez podría darme un resumen de sus hallazgos”.

“¿Aquí? ¿Ahora?”

“Sí, aquí y ahora. Quiero saber que mi confianza en ti no está equivocada. Te he dado permiso para escribir este libro, pero quiero saber qué habrá en él”.

“Tu confianza no está fuera de lugar. Presentaré un punto de vista equilibrado. De hecho, sólo con lo de esta mañana, he aprendido cosas que cambiarán la idea principal de mi libro.”

“¿En qué sentido?” Volvió a sentarse en su silla, con las manos entrelazadas y una expresión más interesada que seductora. Ella se lo agradeció.

Se aclaró la garganta y se sentó más alta. “Las mujeres del harén. Han sido influyentes en la elaboración de políticas. No sólo a través de los hombres, sino por derecho propio”.

“Sí. Nuestra cultura es compleja y las mujeres siempre han tenido poder, aunque lo ejerzan a puerta cerrada”.

“No es lo que uno normalmente supone de un harén”.

“No todos los harenes son iguales, Dr. Maitland. ¿Cree que todos los monarcas son iguales? ¿Cree que su Reina de Inglaterra es igual que el rey de una nación africana rica en petróleo, que tiene total autoridad?

Ella negó con la cabeza y soltó una carcajada sorprendida. “No.”

“Entonces, ¿por qué consideras que un harén es exactamente igual a otro? Somos personas diferentes, culturas diferentes. No nos pongas a todos en la misma caja, simplemente porque es fácil, simplemente porque es ordenado. Nada es ordenado y fácil en este mundo”.

“Lo sé.

“Entonces no lo describas como tal. No me decepciones”.

“No estoy seguro de que vaya a gustar a mis editores, pero, sí, no pretendo escribir nada que no sea la verdad sobre lo que encuentre”.

Él emitió un pequeño gruñido, no sabría decir si de aprobación o de sorpresa. “Tengo otros papeles para usted, que pensé que le interesarían”. Rebuscó entre los papeles de su escritorio.

Ella también bajó la mirada, pero no hacia los papeles. Sus dedos la paralizaron mientras se movían por los papeles. Eran largos, gruesos y fuertes, pero se movían por los papeles con una delicadeza que le cortaba la respiración y le producía un cosquilleo en la piel. La forma en que su dedo índice trazaba la escritura y la decoración árabes mostraba una apreciación de su belleza que no era evidente en ninguna otra parte de él. Por un instante, imaginó que su dedo hacía lo mismo sobre su piel.

“¿Dr. Maitland?”

Levantó la vista y lo encontró mirándola con extrañeza. Mientras su dedo trazaba la elaborada escritura, sus ojos parecían haberse desviado hacia ella. Ella se sonrojó.

Le acercó un fajo de textos escritos a mano. “Toma, cógelos”. Ella se los cogió y sus dedos se rozaron en el intercambio. “Quiero que trabajes en estos también”.

Examinó los papeles. Parecían viejos, no se parecían a nada que hubiera visto antes. “Me encantaría. Gracias. Llevo desde el amanecer mirando los papeles del harén, pero no he podido resistirme a acabar mirando los papeles relacionados con la construcción de la mezquita. Dos mil años de antigüedad, y sin embargo, tal sofisticación “.

Se le calentó la cara, aunque no llegó a sonreír. “Creo que lo entiendo. El libro del harén es algo con lo que abrir puertas, pero tu corazón está en los edificios”.

Se encogió de hombros. “¿Los edificios?” Empujó un papel con el dedo. “Sí, pero los edificios tienen que ver con la gente, ¿no? Las personas que viven en ellos y los utilizan”.

“Y por eso te interesan mis edificios, mi gente. Me pregunto por qué”.

El silencio sólo lo rompió Ashley al deslizar sus sandalias de cuero sobre el suelo de baldosas decorativas, que se hundían bajo ella. Se cruzó de brazos para defenderse. Pero, a menos que

quisiera que él siguiera conjeturando sobre lo que había detrás de sus intereses de investigación, tenía que darle una respuesta. Levantó la vista y lo miró penetrantemente. “Supongo que son diferentes, las personas diferentes, a las mías”.

“¿Estás tan desilusionado con tu propia gente que buscas comprometer tu mente tan lejos de ellos?”

Con una puntería infalible, había dado en el clavo. O la bala en el corazón. Ella se encogió de hombros. No quería ir allí.

Se inclinó hacia delante, como si supiera que había encontrado su punto débil. “¿De qué está huyendo, Dr. Maitland?”

Se le secó la boca. Nadie se lo había preguntado nunca. Todo el mundo -desde sus amigos más íntimos hasta su familia- se había quedado prendado de la imagen que ella mostraba. Atrevida, ambiciosa y segura de sí misma, su sexualidad quedaba convenientemente oculta tras su ropa y sus modales intelectuales. Pero aquel hombre, cuyos orígenes, cultura y vida eran tan diferentes a los suyos, parecía haberle tomado el pulso a su dolor con su hermoso dedo.

“¿Huyendo de?” Ella negó con la cabeza. “De nada”.

Se levantó y se acercó a ella. Ella apartó la mirada. Se quedó sin aliento cuando él le puso un dedo bajo la barbilla y la giró suavemente para que le mirara. “Sí, lo eres. Ahora puedo verlo en tus ojos. Algo te ha hecho huir, lejos de tu pasado. Pero no tiene sentido. Uno nunca puede huir de su pasado”.

Sus ojos se abrieron de dolor. “Pero, ¿cómo puede uno deshacerse del dolor, entonces?”

“Sencillo”, dijo. “Tienes que afrontarlo”.

Volvió a mirar los papeles. Papeles que describían el tipo de vida familiar que nunca había tenido al crecer, y el tipo de amor adulto en el que no se atrevía a confiar. Tenía que cambiar de tema, encontrar algo que le distrajera.

“Me pregunto...”

“¿Sí?”

Le miró con renovado valor. “Me pregunto... sobre los niños. ¿Todavía se crían niños en el harén?”

“Mis hijos se crían de la misma manera en que yo me crié, en el harén”. Sus labios esbozaron una sonrisa. “Otras culturas lo llaman guardería. Pero mis hijos no se crían en los antiguos edificios del harén. Se crían en la misma ala del palacio que yo”. Se frotó la barbilla con un nudillo, algo que ella había notado que hacía cuando pensaba en algo. “¿Te gustaría conocerlas?”

“Gracias, me gustaría”.

Por la forma en que el pliegue entre sus ojos se hizo más profundo, Ashley estaba bastante segura de que Zyir sabía que su repentino interés por los niños había sido creado para desviar el interés de él por su pasado. Pero, mientras salían de la biblioteca, no le importó, porque había funcionado. No se volvió a mencionar de qué estaba huyendo. Menos mal, porque Ashley apenas se conocía a sí misma.

Al final, resultó ser una reunión muy diferente de lo que ella esperaba. En lugar de llevarla a una habitación del palacio, se los presentó en los establos. Ashley vio inmediatamente que los hijos de Zyir tenían dos personalidades muy diferentes.

“¿Y quién eres tú?”, preguntó la hija, Dayana, de unos siete años.

Zyir frunció el ceño.

“Me llamo Dra. Ashley Maitland y trabajo en una universidad inglesa”.

“¡Papá!”, exclamó su hermano pequeño, Talmon. “¿Qué es una universidad?”

“Un centro educativo”.

“¿Los tenemos aquí, en nuestro propio país?”.

“Sí, pero no son tan grandes como en la que trabaja el Dr. Maitland”.

“¡Oh!” El chico se volvió hacia Ashley con ojos enormes.

“Dr. Maitland...”

“Por favor, llámame Ashley.”

“Es apropiado que los niños se dirijan a usted como Dr. Maitland”, dijo Zyir.

Se sintió irritada, pero se encogió de hombros y asintió.

“Dr. Maitland”, repitió Talmon. “¿A qué se dedica en la universidad?”. Parecía que este joven era el más callado de los dos niños, y reflexivo con ello.

Mientras Ashley le explicaba un poco lo que hacía en la universidad, Dayana corrió hacia los caballos y se subió a uno que ya estaba preparado, sin la silla de montar.

“Supongo que sabes montar”, preguntó Zyir, con cierto retraso, pensó Ashley. Porque parecía que si no lo hacía, tendría problemas.

“Sí. No de forma experta, pero puedo aguantar para salvar mi vida”.

Su expresión no cambió. “Espero que no llegue a eso”.

Acompañados por un nutrido grupo de criados, cabalgaron hacia el desierto. Zyir iba al frente con Dayana, mientras que ella y Talmon la seguían detrás a un ritmo mucho más cauteloso.

Cuando llegaron a su destino, se dio cuenta de lo que pasaba. Se dirigían hacia un grupo de personas que estaban sacando halcones de sus jaulas.

Zyir saltó del caballo, soltó las riendas a un ayudante y se dirigió hacia los halcones. Dayana se deslizó cuando el caballo aún iba al galope y aterrizó en una nube de arena con la gracia y el atletismo de una bailarina. Llevaba el pelo suelto suelto. Ashley no pudo evitar pensar que a Zyir le costaría controlar a su hija cuando se hiciera mayor. Parecía tener todo su espíritu y mucha más belleza de la que cualquier joven tenía derecho a tener. Aunque, por el momento, parecía no darse cuenta de ello.

Ashley y Talmon desmontaron y se unieron a Zyir y Dayana. Dayana se puso en pie, imitando la postura de su padre, con los pies separados y las manos en las caderas, mientras observaban a los halcones. Obviamente, su padre era el héroe de Dayana. Ashley dio un paso atrás cuando Zyir desensilló al halcón, que extendió las alas y respondió al tacto de Zyir de un modo que Ashley no pudo evitar pensar que ella también respondería.

“Acérquese, Dr. Maitland. El halcón no le hará daño”.

Se acercó, embelesada por el tamaño del pájaro y el color de su plumaje. “Es precioso”.

Los niños se rieron y Zyir les lanzó una mirada de advertencia.

“Es una *hembra*. Sólo usamos halcones hembra”.

“¿Por qué?”

“Porque son más grandes y poderosos”.

A Ashley le gustó la idea.

El halcón se aferró a la mano enguantada de Zyir, agachando la cabeza con placer mientras él le acariciaba el plumaje.

“Y también son inteligentes. Conocen sus propios nombres y vuelven con sus dueños cuando se les llama”, afirma.

“Es increíble”.

“*Son* aves asombrosas, sin duda. Pueden ver a su víctima moverse desde una distancia de una milla o más y volver a un señuelo creado por el susurro de las alas secas de la avutarda”.

Ashley dio un paso atrás y observó cómo la familia hacía volar a sus halcones. Sólo cuando el halcón de Zyir regresó con un pequeño animal en sus garras, Ashley se apartó. La visión

salvaje la enfrentaba: era la vida en bruto. Parecía que esta tierra en la que se había encontrado no tenía problemas para enfrentarse a la verdad de las cosas. Había que disfrutar del sexo, criar a los hijos y aceptar la muerte. Cosas de las que había huido o que le habían negado toda su vida. Tal vez Zyir tuviera razón: era hora de que dejara de huir y afrontara la verdad sobre sus propios deseos y necesidades.

Cuando miró hacia atrás, se encontró con la mirada interrogante de Zyir. Fue a hablar con Talmon, que le habló encantado de su colección de rocas y fósiles.

El sol estaba bajando en el cielo cuando regresaron al palacio. Ashley se reunió con ellos en el salón familiar, que no se parecía a ningún otro lugar del palacio. Estaba llena de libros y juguetes, como en casa. Mientras su amah preparaba té, Ashley se encontró sentada junto a Zyir, observando cómo Dayana mangoneaba a su hermano pequeño.

Ashley se rió. “Creo que tu hija tendrá que enamorarse de un hombre obediente”. Pero su risa se apagó cuando miró a Zyir y vio que el ceño se le fruncía.

“El amor no entrará en esto. Se arreglará un matrimonio para Dayana”.

“¿Un matrimonio concertado?” No pudo evitar sonar incrédula porque no veía a Dayana accediendo ni por un minuto a nada que no quisiera hacer.

“Por supuesto. Es nuestra cultura, especialmente en la familia real. Yo mismo tuve un matrimonio arreglado”.

“¿Y qué tal te ha ido?”. La pregunta se le escapó y se dio cuenta, por su expresión, de que se había pasado de la raya. Pero no le importó, tenía curiosidad.

Él vaciló y ella se preguntó si se dignaría a contestar. “Estuvo bien”, dijo bruscamente, volviéndose hacia sus hijos. “Y me trajo dos hijos preciosos”.

Ashley se sorprendió, una vez más, de lo estrecha que era su relación con sus hijos. Otra cosa que no esperaba. Otro estereotipo derribado.

“Y tendrás más, sin duda, cuando te vuelvas a casar”.

La miró con extrañeza. “No me volveré a casar. Tengo todo lo que necesito”.

No pudo evitar pensar que su matrimonio debió de ser mucho menos que “bueno”, si él no tenía ningún deseo de repetir la experiencia.

Miró a su alrededor y ladró algo breve y sucinto a sus hijos, que se levantaron de sus respectivas sillas y abandonaron la sala con sus amahs. Dayana se esforzó por ocultar un destello de irritación, mientras Talmon parecía dolido. A pesar de sus sentimientos, ambos habían obedecido al instante.

Zyir se levantó y miró el sol poniente. Sin volverse hacia ella dijo. “Ya es hora, Ashley”. Era la primera vez ese día que la llamaba por su nombre de pila. “Para prepararse para la noche por delante.”

El miedo se agitó en su estómago. Un aleteo, pero no era sólo miedo. Ella sabía, ahora, el potencial de placer que yacía en la noche por delante.

CAPÍTULO 8



ELLA LO TENDRÍA ESTA NOCHE. ELLA LO QUERÍA, ÉL LA QUERÍA, ELLA SE IRÍA EN UNOS DÍAS. ERA ahora o nunca.

Se vistió con cuidado, incluso con menos prendas que la noche anterior, y se dirigió al harén antes de lo requerido. Quería estar allí cuando él llegara. Acomodó sus ropas sobre la cama.

A la hora acordada, llamaron a la puerta.

"Entrad", gritó.

Parecía que dar permiso era su derecho. Y era un derecho que deseaba mucho esta noche.

Entró y cerró la puerta, antes de volverse hacia ella. Él no se movió de inmediato, y ella se preguntó si había exagerado.

Sintió el aire de la noche a través de la ligera tela que la cubría, revelando cada centímetro de sus curvas, y sin duda tenía curvas. Y parecía que a él le gustaba lo que veía. Sus ojos se oscurecieron y le tendió la mano. No lo había hecho la noche anterior.

Caminó hacia él, bajo los últimos rayos del atardecer que la inundaban, revelando su desnudez bajo la ropa. Si se había preguntado cuál era su intención, ahora lo tenía claro.

La cogió de la mano y se dirigieron al asiento de la ventana que daba a los exuberantes jardines. El asiento era ancho y largo y estaba repleto de cojines y lujosas telas. Era un asiento diseñado para la seducción.

Se sentó y se acomodó la endeble tela, consciente de que sus pezones estaban duros y de que su respiración se había acelerado sólo por el contacto con su mano y la suave caricia de su pulgar sobre su piel.

Él también se sentó y no retiró la mano cuando ella dejó caer la suya sobre su muslo. Sus dedos se extendieron sobre los de ella, de modo que sintió su tacto a través de la fina tela de su muslo desnudo.

"Te ves muy hermosa esta noche, Ashley."

"Decidí que fuera una noche especial. Después de todo, no estaré aquí en unos días y quería... aprovechar al máximo el tiempo que me queda".

"Deseas que te haga el amor".

Debería haber sabido que él iría directo al grano.

"Sí."

Sonrió. "Y, por supuesto, lo haré si tú lo deseas. Pero no creas que te libras de tus palabras de seducción. Las estoy deseando".

"No soñaría con ello. De nuevo son palabras de Rumi, palabras que no pueden ser superadas".

Sus dedos se extendieron un poco más por su pierna y fue todo lo que pudo hacer para

contenerse y no saltar sobre él allí mismo. Pero no se saltaba sobre un jeque. Él siempre llevaba la voz cantante. Ahora se daba cuenta. Lo único que podía hacer era sugerirle un camino. Que lo recorriera o no, dependía de él.

"¿Le apetece un refresco?", preguntó, volviendo a lo formal.

"No." No le quitó los ojos de encima.

Inclinó la cabeza. "Entonces no perderé más tiempo". Inspiró profundamente.

"Quiero verte", empezó a recitar el poema de Rumi en voz baja y vacilante.

"Conoce tu voz.
Reconocerte cuando
el primero en doblar la esquina.
Sentir tu olor cuando vengo
en una habitación que acabas de dejar".

Hizo una pausa mientras reflexionaba sobre lo acertadas que eran las palabras de Rumi. Instintivamente, a un nivel animal primitivo, reconoció la voz y la presencia de Zyir.

"Conoce la elevación de tu talón", continuó.

"el deslizamiento de tu pie.
Familiarizarse con la forma
frunces los labios
entonces que se separen,
sólo un poquito,
cuando me inclino hacia tu espacio..."

Se detuvo una vez más, permitiéndose una licencia dramática y actuando las palabras al inclinarse hacia él, alentada por la forma en que sus manos subían por su muslo.

"y besarte", le dijo. Respiró hondo y, ya tan cerca, tuvo que mover la cabeza para mirarle a la cara antes de bajar la mirada a los labios de él, que se abrieron como si estuvieran preparados para que ella los tocara, pero sin traicionar la promesa que le había hecho. Al fin y al cabo, todo dependería de ella. Acercó sus labios a los de él y los apretó contra los suyos. Él inspiró con fuerza y ella sintió que sus dedos se dirigían a su nuca y la mantenían allí mientras la besaba profunda, erótica y profundamente. Finalmente, ella se apartó. Necesitaba terminar las palabras del poema.

"Quiero conocer la alegría", continuó.

"de cómo susurras
más".

Dejó que la última sílaba flotara en el aire. Se coló en el pequeño espacio que había entre ellos y que sólo se había salvado con un beso. Pero ahora quería más.

Era ahora o nunca. Sólo le quedaba una noche antes de abandonar el país. Y sabía que había encontrado a la persona que había existido en su corazón desde que la noción del amor se había respirado profundamente dentro de ella.

Ella se movió para que su mano no tuviera más remedio que subir más por su pierna. Pero aún no estaba donde ella quería. "Cuando empezamos, dijiste que podía pedirte algo y me lo darías".

Frunció el ceño, sus ojos sostenían los de ella con intención. Asintió brevemente con la cabeza.

"Ahora conozco tu voz; sé cuándo estás a punto de doblar una esquina; sé cuándo entras en una habitación, aunque no te vea".

Sus ojos pasaron de la fiereza a un oscuro reconocimiento. Le indicó con la cabeza que

continuara.

“Y conozco la sensación de tus labios contra los míos, cómo me hacen sentir tus besos. Pero lo que no sé es cómo se siente tu cuerpo cuando se aprieta contra el mío, cuando intima con el mío. No sé cómo será sentirte dentro de mí. Y te pido que me des ese placer. Deseo conocerte. Completamente”.

Fue como si se hubiera accionado un interruptor. Se levantó, le abrió los brazos y ella entró en ellos. Fue como volver a casa. Su cuerpo encajó en el de él como si estuviera hecho para ello. Olía a un perfume sutil, muy masculino; ella no sabría decir si era natural o loción para después del afeitado. Pero la envolvió, envolviéndola como sus brazos. Cerró los ojos y apoyó la mejilla en su pecho. Podía sentir el latido de su corazón a través de su mejilla, vibrando a través de sus huesos, por todo su cuerpo, llenándola de sí misma. Pero no era suficiente.

Se apartó y le miró a los ojos, unos oscuros pozos de deseo que la derritieron. Apenas podía creer que fuera a llevar a cabo las acciones que tanto había pensado.

Recorrió los bordes de sus labios, aún en una línea firme, y luego se puso de puntillas y, cerrando los ojos con fuerza, apretó los labios contra los de él. Se abrieron de par en par contra los suyos y él se inclinó hacia el beso, extendiendo las manos detrás de la cabeza de ella para mantenerla firme entre las suyas mientras la besaba. Y ya no había duda de quién besaba a quién. Él estaba al mando y ella ya no tenía que ocuparse de nada, simplemente disfrutar del beso que los conectaba a ambos de una forma que parecía totalmente natural. Se habían conectado en mente y espíritu, y ahora lo físico era todo lo que se necesitaba para completar la conexión, al menos por ahora. No pensaría en el mañana.

Se sentó en la cama y la subió a su regazo, donde podía besarla mejor y sus manos acariciarla. Cuando ella se separó, jadeante por el beso, le puso las manos en los hombros y se arrodilló a horcajadas sobre él. Él apartó el holgado vestido de seda y tomó sus pechos entre las manos, acariciando sus pezones antes de saborearlos con la boca, primero uno y luego el otro. Ella empujó sus caderas hacia delante y dejó caer la cabeza hacia atrás mientras las sensaciones la recorrían, encendiéndola de lujuria. La saboreaba como si no pudiera saciarse de ella, y la idea de que aquel hombre disfrutara de su cuerpo la hacía sentirse aún más poderosa. Y quería ejercer ese poder usando la restricción.

Cuando por fin abandonó sus pechos para besarle el vientre, ella le empujó suavemente hacia la cama. Lo besó, deslizando su lengua contra la de él mientras lo mantenía quieto con una mano plana sobre el pecho. Luego empezó a desnudarlo.

Había venido a verla con ropa occidental: camisa y pantalones. Así que le desabrochó un botón cada vez y luego le besó la piel desnuda. Una vez desabrochado el último botón, le apartó la camisa. Le pasó la lengua por el vientre y el pecho, y el vello zumbó contra su lengua. Su sabor era puro, deliciosamente masculino.

“No te muevas”, le susurró al oído. Él giró la cabeza para intentar capturar su boca con la suya, pero ella se apartó con una sonrisa. Para su sorpresa, él hizo lo que ella le había dicho y se quedó tumbado entre los cojines y las mantas joya, oscuro y peligroso, con el pecho ancho, fuerte y poderoso. Pero toda esa fuerza estaba en suspenso, esperándola a ella.

Se desató la túnica y la dejó caer a sus pies, formando una nube de seda roja, antes de quitársela.

Fue recompensada con el sonido de su respiración agitada. Él sacudió la cabeza. “Eres tan hermosa”, suspiró. “Tus pechos son magníficos”.

Eso le gustaba. Sus pechos habían sido algo que había odiado mientras crecía, intentando que sus amigos y profesores no la consideraran sexual. Acababa llevando ropa holgada para

ocultarlos. Pero ahora se enorgullecía de sus curvas.

Se acercó a él y le desabrochó los pantalones. La cremallera se tensó bajo la presión de su polla hinchada. Le pareció bien soltarla. En cuanto lo hizo, se dio cuenta de que le había devuelto el control y se apartó instintivamente.

Una vez desnudo, se bajó de la cama. Recorrió su cuerpo con las manos, mientras sus ojos seguían el movimiento de sus manos, hasta que éstas se movieron por debajo de sus generosas nalgas, las agarró y tiró de ella con fuerza contra él. Mientras se besaban, su polla se hundió en la suave carne de ella.

En cuestión de segundos, la levantó y sus piernas se enroscaron alrededor de sus caderas. Ella se preparó para él. Él no necesitó más invitación y la penetró. Se detuvo a medio camino y ella se dio cuenta de su tamaño. La besó y ella volvió a relajarse. De un fuerte empujón, él la penetró por completo y ella olvidó cualquier nerviosismo, cualquier cosa, excepto el placer de ser llenada por él.

Aún conectado, la tumbó en la cama. Por primera vez parecía que su cuerpo estaba vivo, desde el cosquilleo en las yemas de los dedos hasta las sensaciones explosivas cuando él se retiró lentamente, moviendo su carne contra sus lugares más sensibles, antes de penetrarla de nuevo, dejándola sin aliento.

Pasó sus dedos por los de ella, los extendió a su lado para que no pudiera moverse, y luego la penetró repetidamente. No hubo espera, no hubo juicios, nada excepto una necesidad urgente que compartían. A medida que se acercaban al orgasmo, los movimientos de él se hacían más potentes, empujándola hacia atrás sobre la cama a medida que aumentaba el ritmo. Finalmente, ella no pudo aguantar más. Cerró los ojos y apartó la cabeza, necesitando protegerse de su penetrante mirada para poder soltarse. Ella gritó, pero él siguió penetrándola hasta que ella volvió a gritar, y sólo entonces se corrió, bombeando su semilla en su interior, reclamándola para sí. Oh, y cómo deseaba ser reclamada.

Cuando él se retiró, ella se dio cuenta de que había cambiado. Intelectualmente seguía siendo la misma, con la misma actitud y las mismas creencias, pero él había despertado su cuerpo y ahora sabía que nunca volvería a ser la misma. Siempre desearía a ese hombre. Siempre anhelaría el placer que su cuerpo podía proporcionarle, un placer sin igual.

Estaba tumbada, con las piernas y los brazos abiertos, desnuda, sobre las arrugadas sábanas de seda, inmóvil desde donde su cuerpo la había inmovilizado. La luz de la luna bailaba sobre su cuerpo mientras el viento traía el aire fresco de la noche desde el cielo estrellado. Menos mal, porque su cuerpo emanaba calor. Su piel era sensible y sentía cada ráfaga de viento sobre ella. Sus pechos se agitaban mientras luchaba por recuperar el aliento. Su semilla se acumuló entre sus piernas, y ella las cruzó, como si esperara retenerla en su interior. Siempre había querido tener un hijo, pero no había querido casarse. Tal vez, sólo tal vez, podría tener ese hijo ahora.

Giró la cabeza para verle, con el perfil del hombre iluminado por la luz de las estrellas, que brillaba en medio del desierto. Sus párpados parpadeaban mientras él también intentaba recuperar el aliento. Su acto de amor había sido explosivo. Ella no había experimentado nada igual. Ella era fuerte, pero él lo era más, y nunca antes se había sentido dominada por un hombre, ni había querido estarlo, pero Zyir la había controlado y el sexo había sido aún más excitante por ello.

La cogió de la mano y tiró de ella hacia él. Ella rodó sobre él y lo besó. Hambrienta, buscó su lengua con la suya, acariciándola, mordisqueándole ligeramente los labios antes de besarle la barbilla y la garganta y chuparle el cuello. Él gruñó y la apartó.

“¿Eres un vampiro, Ashley?”, preguntó riendo.

Ella se sentó, con las piernas a horcajadas sobre él, con la polla ya erecta presionando su húmedo sexo. Se encogió de hombros. “Siento que podría ser cualquier cosa contigo”.

No esperó respuesta, sino que se levantó, sin apartar los ojos de los suyos, y agarró su erección con ambas manos, acariciándola antes de bajar sobre él una vez más. Sólo entonces, cuando estuvo dentro de ella, perdió la conexión con su mirada, cerrando los ojos mientras la inundaba el éxtasis.

Ella se levantó, observándole con los párpados bajos. Él alargó la mano hacia sus pechos y ella bajó hasta dejarlos al alcance de su boca. Chupó uno, reacio a soltarlo, hasta que ella lo apartó y el pezón se alargó al salir de su boca. Bajó el otro pezón a la boca de él, que la esperaba, y dejó que las sensaciones la inundaran. Por dentro y por fuera, el cuerpo de él complacía el suyo, y ella sólo podía pensar en eso. Estaba consumida por las sensaciones, consumida por él, colmada por él.

Apartó los pechos y se echó hacia atrás, apoyando las manos en la espalda mientras subía y bajaba, despacio al principio, pero incapaz de evitar tomar lo que quería, subiendo y bajando cada vez con más frecuencia, hasta que fue lo único en lo que podía pensar, lo único que podía hacer. Necesitaba liberarse de las tensiones que se acumulaban en su interior. Llegó con una ráfaga de luz y ella se sintió debilitada, imposiblemente suya, mientras él la bajaba y la sujetaba fuertemente con los brazos.

Rodaron hacia un lado, él aún dentro de ella, y ella cayó en un sueño breve pero profundo en el que ningún pensamiento la perturbaba, sólo una satisfacción y una relajación profundas como nunca antes había conocido.

CAPÍTULO 9

A LA MAÑANA SIGUIENTE, ASHLEY SE DESPERTÓ SOLA EN EL HARÉN. PARPADEÓ BAJO LA brillante luz matutina y se dio la vuelta, haciendo una mueca de dolor al darse cuenta de que partes de su cuerpo habían sido muy usadas la noche anterior. Desnuda, se levantó y se dirigió al cuarto de baño, donde alguien había preparado un baño caliente sobre el que flotaban fragantes pétalos de flores. Al meterse en el agua aún caliente con un suspiro, se dio cuenta de que lo que había pasado entre ella y Zyir ya no era privado. Pero, ¿qué importaba?, trató de convencerse, cuando ya no estaría aquí después de hoy. Mañana regresaría a Havilah, donde había quedado con Xander y Elaheh para pasar una noche antes de tomar el vuelo de regreso a Inglaterra. Volvería a casa. Lo sabía, pero eso no explicaba por qué sentía que se iba de casa.

De vuelta en la biblioteca, rodeada de los libros y manuscritos a los que ahora tenía pleno acceso, Ashley imaginó su regreso a Oxford. Volvería con muchos más conocimientos sobre el funcionamiento de los harenes que cualquier otro académico. Y sabía que sus colegas querrían saber por qué. ¿Qué había sucedido para que ella pudiera obtener tanta información, que siempre le había sido esquiva?

Se mordió el labio y trató de concentrarse en sacar el máximo provecho de los papeles en el poco tiempo que le quedaba. No quería pensar en ello. Pero los pensamientos se habían apoderado de ella, y se sentó con un suspiro y cerró los ojos mientras imaginaba a sus colegas descubriendo que no sólo se había unido al harén, sino que también se había acostado con el jeque. Supondrían que se había acostado con Zyir a cambio de información. No podría estar más lejos de la verdad. Zyir era un hombre demasiado honorable para forzarla, o para aceptar lo que le ofrecía si hubiera creído que era por otra razón que no fuera porque ella lo deseaba. ¿Y ella? Se había acostado con Zyir por la única razón de que su cuerpo se lo había exigido.

Sabía que la ira por su actitud había sido la única razón por la que se le había ocurrido la absurda idea de que se uniera a su harén a cambio de información. Tenía la intención de ponerla en su lugar, y lo había hecho. Pero no en el lugar que había imaginado.

Garabateó corazones de amor con el bolígrafo en su cuaderno. Él había hecho que se enamorara de él, y ella no veía que hubiera nada que pudiera hacer al respecto, excepto marcharse. Era lo que siempre había pensado hacer. Pero ahora dejaría atrás su corazón.

Como el día anterior, por la tarde aceptó la invitación de Zyir para reunirse con él. Pero esta vez

no fue en la intimidad de los aposentos de la familia, ni en el desierto. Fue en la parte pública del palacio, donde ya se estaban celebrando los festejos del Día de la Madre. Le habían dado permiso para faltar a la fiesta del mediodía para poder centrarse en su investigación en éste, su último día. Pero su asistencia a la tarde de baile no era negociable.

En cuanto Ashley entró en la sala, fue arrastrada hasta donde el rey estaba sentado observando los festejos. Levantó la vista y Ashley se sorprendió de lo relajado que parecía. Incluso había un atisbo de sonrisa en sus labios cuando la saludó y ella tomó asiento a su lado.

"Bienvenida a nuestras celebraciones del Día de la Madre", le dijo, inclinándose hacia ella para que pudiera oír por encima de la música. "Creo que en tu país también se celebra a las madres de forma parecida".

"No es *tan* parecido. Enviamos tarjetas, flores tal vez, y si los niños son particularmente atentos, las madres pueden hacer que les cocinen la cena una noche al año".

Zyir enarcó una ceja, sorprendido, y se echó hacia atrás en la silla. Pero Ashley se dio cuenta de que aún mantenía un brazo alrededor del respaldo de su silla. Subrepticiamente, para que nadie pudiera verlo, le pasó un dedo perezoso por la columna vertebral. Ashley se sentó más erguida y esperó que nadie se diera cuenta de lo excitada que estaba. Pero cuando pudo devolver la mirada a Zyir, se dio cuenta de *que él* sí lo había notado. Le lanzó una mirada sombría. No estaba acostumbrada a estar a merced de sus impulsos sexuales.

"Data de la época de los faraones", continuó, como si nada. "Los faraones, al igual que nuestros reyes, respetaban mucho a las mujeres".

"Y por eso las colocan en harenes".

"Los mantuvieron a salvo y de lujo, como se hace con algo, o alguien, precioso".

Se encogió de hombros. No podía responder porque no sabía cómo hacerlo. Siempre había amado la libertad, siempre había querido ir y venir a su antojo. Pero su estancia nocturna en el harén había demostrado lo contrario. De día tenía su libertad intelectual y física, pero de noche estaba en el harén. Y allí no se sentía atrapada. Al contrario, se sentía deseable, mimada y atesorada, tal y como él la había descrito.

"La primavera siempre ha sido el momento de celebrar la vida: las flores, la vida nueva y, por supuesto, las mujeres, que son la fuente de toda vida".

"Supongo que no podríamos hacerlo sin ti. Haces una pequeña parte".

"Pero uno importante", sonrió, una sonrisa rara, de infarto. "Los egipcios construían barcas y las llenaban de flores para hacerlas flotar por el Nilo para celebrar a las madres".

"Pero, no habiendo ningún Nilo aquí..."

"Lo celebramos así". Señaló a los bailarines, las flores, el nuevo crecimiento, los niños.

"Es precioso". Se recostó en la silla, contra la palma de su mano, que seguía acariciándola. Miró a los dos hijos de Zyir. "Deben echar de menos a su madre".

Zyir dejó de acariciarla. Gruñó, un sonido sin compromiso.

Ella le miró. "Nunca hablas de ella".

"No se debe hablar mal de los muertos".

"¿No hay nada bueno que decir de ella?"

Sacudió la cabeza bruscamente. "Mis hijos están mejor sin ella. Rara vez la veían y cuando lo hacían parecían tenerle miedo. Su estatus se le subió a la cabeza. No deseaba que estuviera cerca de ellos".

Se sentaron en silencio, mientras ella ajustaba su anterior imagen de ellos como una familia feliz, desprovista de una madre cariñosa, a la realidad de la situación. Pero, ¿quizás había otras mujeres, mujeres del harén que habían ocupado el lugar de su madre? No había encontrado

ninguna información sobre el harén de Zyir, aunque sí sobre el de su padre. Se lamió los labios. Tenía que saberlo.

"Tal vez..."

"¿Sí?" Volvió su mirada, ahora severa, hacia ella.

Se aclaró la garganta. "¿Quizás alguna de las otras mujeres de tu harén es amable con tus hijos?"

Zyir no respondió. Y, en ese momento, la música se detuvo y sus hijos aparecieron ante ellos. Parecían reservados y ansiosos mientras esperaban a que Zyir les diera permiso para acercarse.

Ashley se inclinó hacia delante con una sonrisa de bienvenida, obligando a Zyir a apartar la mano de su espalda. Los rostros de los niños se iluminaron cuando Ashley centró su atención en ellos. Su comportamiento reservado se transformó en cálidas sonrisas y risas. Dayana interrumpía su conversación con breves toques en la mano de Ashley, como si quisiera asegurarse de que era real, como si necesitara ese contacto físico. Mientras, Talmon arrastraba el trasero por el asiento, más cerca de Ashley, hasta que se inclinó hacia ella. Ashley movió el brazo hasta rodear los hombros de Talmon mientras él le hablaba, con el rostro levantado y confiado.

Cuando Talmon terminó de hablar, Ashley miró a Zyir, cuyo rostro contenía una expresión que no pudo leer, y él se dio la vuelta con demasiada rapidez para que ella pudiera descifrarla. Siguió hablando con los niños, felicitándolos por su canto, pero mientras tanto se preguntaba qué había detrás de la falta de respuesta de Zyir a su pregunta sobre el harén. ¿Qué le ocultaba?

En cuanto pudo, Ashley se excusó y buscó a su criada. Cada día le tenía más cariño a la mujer, que estaba más que dispuesta a compartir todo lo que sabía con la ama extranjera a cambio de clases de inglés.

No tardó mucho en encontrar la respuesta a su pregunta. Con una carcajada, su criada le informó de que, no, Su Alteza no era como su padre y nunca había tenido un harén. Ashley no pudo más que agradecer a la criada la información y contener la rabia que le había provocado la noticia. Todavía furiosa, regresó a las celebraciones y a su asiento junto a Zyir.

Una mirada a Zyir reveló que parecía más cómodo con sus hijos que antes. Estaban sentados a su alrededor, la mano de Talmon aferrada a su túnica, el rostro alegre de Dayana mientras charlaba y Zyir escuchaba. Ashley rezongaba en silencio, mientras se volvía para observar a los músicos cuya actuación tocaba a su fin. Las intrincadas melodías arrancadas a los laúdes se ralentizaban y se convertían en ondas atmosféricas que flotaban en el aire. En contraste directo con la calma de la música, Ashley se enfadó cada vez más. Si Zyir se había sentido engañada por su contrato de publicación del libro del harén, ella también se sentía engañada por su insistencia en que se uniera a *su* harén, un harén que no existía y que *nunca* había existido. Se enfureció y olvidó todo lo que quería hacerle a aquel hombre aquella noche.

Zyir inclinó la cabeza hacia ella confidencialmente. "¿Y qué pensamientos hacen que esos hermosos labios tuyos sean tan sombríos?"

Sus labios se apretaron un poco más. No le miró. "He oído hablar de tus harenes".

Gruñó. "Mi país tiene una larga tradición de harenes, como sabes". Volvió a sentir su mano en la parte baja de la espalda y recordó su intimidad de la noche anterior. Apretó los dientes. No se dejaría distraer. "Pero ninguna de las mujeres ha sido tan gloriosa como tú".

Cerró los ojos y aspiró con fuerza. Tenía que concentrarse. *Tenía que* hacerlo. No podía permitir... Su mente se interrumpió cuando él bajó la mano, sin que nadie lo viera, y su dedo corazón encontró el surco entre sus nalgas a través de las finas capas de seda del vestido. Se burlaba de ella, sabiendo que tenía una mente fuerte y un control infalible cuando no la

desviaban los deseos de su cuerpo. Pero ella se negaba a distraerse.

"Cuando vine aquí, me dijiste que podía unirme a tu harén si quería hacer mi investigación, y acepté".

Asintió con la cabeza. "Vamos."

"Acepté porque te creí cuando dijiste que *tenías* un harén y la única forma de entenderlo era unirme a él".

"Nunca dije que tuviera un harén, tú lo asumiste".

"Pero me dejaste seguir asumiendo".

"Estaba molesto".

"¿Por qué? ¿Porque me interesaba su país? ¿Porque quería saber más sobre sus costumbres?".

"Porque, Ashley, tú creías que estas cosas eran verdad sobre mí."

"Eres un producto de tu país".

"Soy un individuo, con mis propias creencias, y sin embargo tú me veías simplemente como un estereotipo. Creía que podrías llegar a conocerme a mí y la verdad sobre mi mundo si te unías a él. Después de todo, ¿no es eso lo que hacéis los académicos? ¿Ah, sí? Lees las palabras, pero nunca entiendes de verdad hasta que caminas una milla en mis zapatos. ¿No es esa la expresión? Pues eso es lo que deseaba que hicieras".

"Me engañaste. Me hiciste creer que tenías un harén, igual que tu padre, y su padre antes que él".

"Mi única mentira fue por omisión. Pero, si quieres que te lo explique: ¡no tengo harén, nunca he tenido harén y no deseo tener harén nunca!".

"Pero, todo eso que me contaste sobre cómo era tener a las mujeres separadas de los hombres, sobre las tradiciones de tu familia".

Se encogió de hombros. "Las tradiciones son ciertas. Pero tal vez había un poco de licencia artística incluida en mis descripciones".

"¿Un poco?"

Volvió a encogerse de hombros, como si no tuviera importancia. "Mucho, entonces. ¿Qué más da? Ahora sabes la verdad".

"Sólo porque lo descubrí. ¿Cuánto tiempo ibas a dejarme seguir creyendo la mentira? ¿Cuánto tiempo, Zyir?"

No le contestó, lo que era una respuesta en sí misma. No iba a decírselo nunca si no era necesario. ¿Y por qué no? Porque la tenía exactamente donde quería.

Ella sacudió la cabeza, mientras trataba de luchar contra las lágrimas de emoción. "No puedo creer que me hayas hecho esto".

¿"Hice" qué? Todo lo que hice fue ser la persona que querías que fuera. Todo lo que hice fue darte la oportunidad que querías".

"Me engañaste, Zyir". Desearía que su voz no hubiera flaqueado tanto al pronunciar la palabra engañado. Se levantó y salió de la habitación, sin que nadie la viera excepto él. Sintió sus ojos clavados en ella cuando se sentó en una silla y abrió la puerta a tientas, antes de cerrarla de un portazo. Corrió por el pasillo alejándose de él. Tenía miedo de que la siguiera, pero también de *que no* la siguiera. Luego se detuvo cuando se hizo el silencio a su alrededor. Y supo que él no vendría. ¿Por qué iba a venir? Ella no era nada para él. La había utilizado tan eficazmente como ella había intentado utilizarlo a él.

Ella se iría mañana. Si esperaba que pasara su última noche en su mítico harén, tenía otra idea.

CAPÍTULO 10



ZYIR ABANDONÓ LA FIESTA TRAS ASHLEY, NO PARA SEGUIRLA, SINO PARA VOLVER A SUS OFICINAS. Tenía trabajo que hacer. Pero, aunque se sumergió en el trabajo familiar, descubrió que no le proporcionaba la paz que deseaba. En lugar de eso, dejó la pluma y se puso a pasear por el estudio.

Había creído que su reacción al hecho de que Ashley sólo estuviera en Irem para investigar un libro sobre harenes era justificable. Supuso que se trataba de una occidental ignorante que intentaba avanzar en su carrera con más mentiras para reforzar los estereotipos sobre su país. Y reaccionó en consecuencia: le devolvió el engaño mientras le mostraba la verdad sobre su país. Era un truco justificado, se dijo a sí mismo. Pero se detuvo a mitad de camino y se volvió para mirar por la ventana los jardines en los que la luz se iba apagando. Entonces, ¿por qué se sentía tan mal?

Salió al balcón y se agarró a la pared de piedra, asomándose a su país como si buscara respuestas. Pero no vio nada, salvo las visiones de su mente.

De Ashley llegando en su moto; de Ashley mirando, con asombro en los ojos, alrededor de la mezquita; de Ashley, con sus curvas apenas contenidas por la tela de gasa que había llevado al entrar en el harén. Y luego, sobre todo, de Ashley, la expresión de su rostro, la boca abierta, madura para el beso, los ojos cerrados, mientras gritaba al estallar en su cuerpo el orgasmo que él le había provocado.

Nunca había conocido a nadie como ella. Encantó su mente, su cuerpo y... Cerró los ojos cuando se dio cuenta de la verdad. En algún lugar profundo, donde normalmente habría estado un corazón, sintió un tirón. Lo había sentido desde el momento en que la vio por primera vez, pero lo había ignorado. Lo había atribuido a un dolor residual, como cuando te cortan un miembro y las terminaciones nerviosas siguen sintiendo algo, siguen creyendo que está ahí. Se había equivocado. El Dr. Ashley Maitland también había encantado su corazón, un corazón que todavía parecía estar muy presente. Un corazón que ahora parecía pertenecer a una ambiciosa académica con mente de intelectual y cuerpo de cortesana. Estaba cautivado por ella.

Dio la espalda al sol poniente. ¿Qué iba a hacer al respecto? Tenía que cambiar de rumbo. La quería más que una noche más. Y sabía que sus hijos también querían lo mismo. La forma en que se habían comportado con ella había sido poco menos que asombrosa. Su tímido hijo, su caprichosa hija, ambos se habían sentido atraídos por Ashley como si estuvieran hambrientos de algo. Ahora sabía lo que era. Había estado ignorando no sólo su propio corazón, sino el de sus hijos.

Zyir quería a sus hijos, pero sabía que los quería a distancia. Y Ashley había salvado esa distancia sin esfuerzo. Le habían educado para estar separado, para tener el control, y había

aprendido bien sus lecciones. Pero Ashley le había enseñado una lección mayor, más poderosa, y él también la aceptó.

Se casaría con ella. No tenía elección. Ella sería un activo para él, sus hijos y su país. Asintió, aliviado de volver a tener el control. Prepararía los papeles. Cogió el teléfono y llamó a su ayudante. Tenía trabajo que hacer. Iría a ver a Ashley esa noche en el harén, después de que el papeleo estuviera preparado.

Ashley había pasado lo que quedaba de tarde intentando averiguar qué demonios iba a hacer. Había perdido el corazón, el cuerpo y el alma por un hombre que la había engañado y la había metido en una situación en la que había caído de cabeza. El problema era que se había olvidado de poner en marcha un plan de rescate. La historia se había repetido. Lo sabía intelectualmente, pero ese conocimiento no se había extendido a su corazón.

No le había llevado mucho tiempo tomar una decisión. Porque sólo podía haber un resultado. Se iría, y se iría en cuanto se hiciera de día. No había otro camino. Echó un rápido vistazo al hermoso dormitorio, en cuyo rincón estaba su maleta. Volvería sólo para recogerla.

Abrió la puerta, salió al pasillo con columnas y volvió sobre sus pasos hacia el harén. Sólo una hora allí para comunicar su decisión a Zyir, y luego regresaría. Había pensado en no ir al harén, pero era su última noche y ¿dónde mejor concluir la relación con el hombre que la había llevado a un harén que ni siquiera existía?

Era consciente de todo lo que ocurría a su alrededor y en su interior. Desde el chapoteo del agua en la fuente del patio interior hasta el latido de su corazón, insistente y exigente. Se levantó -no vestida con la túnica de la seducción, sino con la sencilla túnica con la que había llegado a Irem- y miró hacia la puerta, retorciéndose las manos nerviosamente. No temía lo que tuviera que decirle, ni su respuesta. No, lo que temía era debilitarse.

Cuando llamaron a la puerta, dio un respingo, se llevó las manos a los costados y respiró hondo.

“Adelante”, gritó, sin moverse de su posición en el centro de la sala, rodeada por el glamour, la riqueza de la decoración, impregnada de la atmósfera antigua de los edificios. A pesar de su breve estancia en el harén, allí se sentía como en casa, y nunca se había detenido en los ruidos, olores y vistas de la ciudad que había dejado atrás en Inglaterra. Aquél, ahora, le parecía un mundo ajeno. Había perdido su corazón no sólo por el jeque, sino también por el país. Pero eso no cambiaría su futuro.

Entró en la habitación, la miró y se detuvo. “¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado?”

Parecía que él también era perceptivo en lo que a ella se refería. Su relación amorosa había roto los límites entre ellos. Se preguntaba cómo podrían sobrevivir el uno sin el otro. Pero debían sobrevivir.

“Han pasado muchas cosas en tan pocos días. ¿No te parece?”, dijo, aliviada al encontrar su tono uniforme.

Le sostuvo la mirada antes de apartarla y asentir con la cabeza, observando la cama, que ella había despojado de sus lujosas sábanas. Sólo las cortinas de gasa colgaban inertes en la quietud de la noche. Se volvió hacia ella, como si comprendiera lo que había visto.

“Sigues enfadado por lo de mi harén”.

“Tu harén *imaginario”*, enmendó. “Me engañaste, Zyir.”

Se cruzó de brazos y le sostuvo la mirada. “Ashley, viniste aquí con falsos pretextos. No creo que estés libre de culpa”.

Tragó saliva al sentir que la emoción aumentaba. Tenía que mantenerla a raya si quería tener algún control. “Tal vez no. Pero...” Se vio obligada a romper la mirada, a apartar la vista cuando sintió lágrimas calientes presionando sus ojos.

Suspiró y se acercó a ella, metiéndose unos papeles en el bolsillo de la túnica. Le cogió la mano y se la besó, y en ese momento Ashley supo que la posibilidad de salir de su última noche juntos sin ser tocados por Zyir era nula.

“Ashley, podemos dejar esto atrás.”

Entonces se encaró con él, sin importarle ya si veía las lágrimas en sus ojos. Sacudió la cabeza. “Te equivocas. No podemos”.

“¿Por qué no?”

“¿Porque cómo puedo confiar en ti?”

“¿Un error y no podrás volver a confiar en mí?”

Él no lo entendía, pero ¿cómo iba a hacerlo sin que ella le contara algo que pocos sabían? Respiró hondo para armarse de valor. Se lo diría una vez, y entonces él lo sabría.

“No es tan fácil”.

“Sí, lo es.”

“No lo entiendes”.

“Entonces dímelo”.

“Yo... Es...” Se interrumpió. ¿Cómo podía contarle lo que había pasado?

“Continúa”.

“Ocurrió cuando tenía dieciocho años”. Esbozó una breve sonrisa, tratando de ser valiente. Se desvaneció tan rápido como había llegado. “Fue mi primer novio. Yo era tímida, me avergonzaba de mi figura y evitaba salir. Hasta que conocí a Ian. No podía creerlo cuando un día se me acercó en clase y me pidió salir”.

Guardó silencio unos instantes, mientras recordaba los sucesos de aquella noche seis años antes. Se obligó a continuar, a enfrentarse a la humillación de aquella noche y a su legado.

“Me enamoré de él. Con fuerza”. Hizo una mueca mientras se obligaba a recordar. “Pero entonces descubrí por qué se había acercado a mí en primer lugar, por qué me hizo el amor aquella misma noche de nuestra primera cita. Fue sólo por un reto. Un reto para que tuviera sexo con la chica *más grande de la clase*”.

Zyir la atrajo hacia sí en un fuerte abrazo y le besó la cabeza. “¡Eso es ridículo! Eres preciosa, y yo no soy ese chico, Ashley. Soy un hombre que nunca haría algo así, que nunca caería tan bajo. No debes permitir que esa noche influya en tu vida”.

Ella se apartó. “Oh, pero las consecuencias fueron para más de una noche. Me quedé embarazada. Mi madre insistió en que abortara. Odiaba a los hombres por lo que mi padre le hizo, dejándola cuando yo era joven. Y yo tampoco volví a confiar en un hombre. En lugar de eso, urdimos un plan, un ambicioso plan de progreso para mí en un mundo académico, un mundo en el que pudiera renegar de mi cuerpo y centrarme en la mente.”

Sacudió la cabeza. “Te descarriaste”.

La ira estalló en su interior. “Encontré una carrera para mí, una carrera satisfactoria”.

Volvió a negar con la cabeza. “Me has citado a Rumi, y ahora yo te lo citaré a ti. Sostuviste tu hambre interior por algo externo, algo material, algo sin importancia. Citando a Rumi, ‘te pierdes el jardín porque quieres un pequeño higo de un árbol cualquiera’”.

Frunció el ceño mientras intentaba luchar contra el significado, que poco a poco se iba aclarando.

“’Déjate atraer en silencio’”, continuó Zyir. “’Por la atracción más fuerte de lo que realmente

amas’”.

“¿Qué es lo que *realmente* amo? ¿Y cómo puedo saberlo?”

“Tienes que mirar en tu corazón. Es hora de dejar de esconderse”.

Le apartó la mano. La había engañado, ¡y ahora tenía la arrogancia de decirle lo que tenía que hacer! “¡De ti, supongo! Estás cambiando de tema, Zyir. Estamos hablando de *ti*. *No de* mí. He intentado explicarte por qué no puedo confiar en los hombres”.

“Pero necesitas saber que puedes confiar en mí”.

“Son sólo palabras, Zyir. Palabras vacías. Ya no puedo creer en las palabras. Necesito algo más que palabras si quiero volver a confiar”.

Se separó de sus brazos y se pasó la bata por la cara para quitarse las lágrimas de las mejillas, de las que ni siquiera se había dado cuenta.

Se acercó a la ventana y la abrió de un empujón, necesitaba el aire nocturno en la cara, necesitaba no mirarle. Pasaron unos instantes mientras ella respiraba profundamente y él se lo permitía. Luego los instantes pasaron a un silencio más pesado que antes, y ella supo antes de darse la vuelta lo que encontraría.

Se había ido.

Estaba sola en el harén, que la había visto enamorarse de un hombre que no podía tener. Un hombre que, al parecer, no tenía más que palabras para darle.

CAPÍTULO 11



ZYIR ATRAVESÓ LAS PUERTAS Y PASILLOS DE VUELTA A SUS APOSENTOS, SIN VER NADA MÁS QUE LA expresión en el rostro de Ashley. Tuvo que marcharse porque estaba claro que no había nada que pudiera decir que hiciera que ella confiara en él.

El contrato matrimonial crujió en su túnica mientras caminaba, recordándole cómo había imaginado, sólo unas horas antes, que podría simplemente presentárselo, proponerle matrimonio y todo estaría bien.

Suspiró y sacudió la cabeza. ¿Cuándo había habido algo tan sencillo?

La vería más tarde, y entonces tendrían una charla racional. Todo estaría bien. Él *haría que todo estuviera bien*. Pero, al salir del harén, no se sentía como si nunca estaría bien.

En su fuero interno, sabía que se marcharía tan bruscamente como había llegado. Pero las huellas de su visita no se borrarían tan fácilmente como las que había dejado en el desierto, ahora cubiertas por las arenas agitadas por el viento. Él y sus hijos cambiarían para siempre a un nivel fundamental al conocerla. Ella había traído belleza y amor a su ciudadela cerrada, y todos eran mejores por ello. Deseaba que el dolor desapareciera, pero sabía que nunca lo haría.

No volvió a sus habitaciones, sino a las que habían pertenecido a su madre. Rara vez iba a ellas, pero sabía que no se habían llevado nada desde que ella había muerto. Su padre -feroz para todos los demás- había adorado a su hermosa madre y nunca se había recuperado de su muerte prematura.

Abrió las puertas y se tomó unos instantes para mirar a su alrededor a la luz de la luna. Aún olía a ella. Respiró su fragancia durante unos instantes, permitiéndose recordar lo cariñosa que había sido, lo afectuosa que había sido como madre y lo mimosa que había sido. De algún modo, con los años, lo había olvidado. Pero no estaba allí para recordar. Encendió las luces y miró a su alrededor. ¿Dónde estaría?

Entonces sus ojos se posaron en el joyero. Lo abrió y comprobó los compartimentos, pero no encontró nada. Luego miró la colección de fotografías que había sobre una mesa auxiliar. Entre ellas había una caja de oro macizo en forma de corazón. Se acercó a ella y cogió una a una las fotografías. Su madre las había colocado allí, en ese lugar exacto, hacía tantos años, y sólo los limpiadores se encargaron de que el polvo no se asentara. Había una foto de él cuando era un bebé en brazos de ella, y una foto de su padre con una sonrisa como nunca antes había visto en su rostro. Frunció el ceño al recordar el hombre en que se había convertido su padre tras la muerte de su madre. El torrente de mujeres, la ferocidad de su gobierno y cómo había ignorado a su único hijo. Entonces miró una foto de su madre, tomada el día de su boda. La cogió.

Tenía un aspecto radiante, muy distinto del de la mujer devastada que había acabado muriendo tras una prolongada batalla contra el cáncer. Verla le desgarró el corazón, como sabía

que ocurriría. Era lo que había estado evitando todos estos años. La echaba de menos. Se le hizo un nudo en la garganta. Echaba de menos a la mujer que había derramado amor, cuidados y ternura sobre él con toda la fuerza de su amoroso corazón. La echaba de menos.

En ese momento sintió un movimiento que le llamó la atención, y miró hacia el otro lado para ver una mariposa que entraba revoloteando por la ventana y se desplazaba por su campo de visión, posándose brevemente en el marco de la foto antes de seguir adelante, volviendo a la ventana, perdida en las oscuras sombras del pre-amanecer.

Era como si hubiera vuelto para consolarlo. Besó el rostro de su madre y volvió a colocar la fotografía en su sitio.

"Supongo que lo apruebas, madre", dijo con una sonrisa. Se secó los ojos con el dorso de la mano mientras abría la caja en forma de corazón y encontraba lo que buscaba. Los anillos de compromiso y boda de su madre.

Las levantó hacia la luz. Eran preciosos. El anillo de compromiso era un rubí en forma de corazón, rodeado de diamantes, mientras que la alianza era una banda de oro, tachonada de diamantes. No los había querido para su primer matrimonio. Aquel matrimonio había sido político, sin amor, y los anillos de su madre habían sido totalmente inadecuados. ¿Pero ahora? Ahora, las cosas eran muy diferentes.

Con una última mirada a la fotografía de su madre, ya no dolorosa sino tranquilizadora, como si ella aprobara su decisión, apagó las luces y salió de la habitación.

Estaba demasiado oscuro para que Ashley saliera todavía. Pero la diferencia horaria le permitía comunicarse con su universidad, y así lo hizo.

No había sido difícil renunciar a todo lo que había soñado durante años. Renunciar a la universidad, renunciar al contrato del libro. La razón era que nunca había sido realmente su sueño. Había sido un sueño que ella y su madre habían inventado para proteger a Ashley del daño causado aquella noche en que perdió la virginidad, tomada por un chico en un reto. Allí estaba su vida antes de que le arrebataran la inocencia, con repercusiones devastadoras, y su vida después. Pero ahora, lo sabía, era el momento de empezar un nuevo capítulo. Y no se basaría en el miedo.

Zyir tenía razón. Se había centrado en las cosas equivocadas durante muchos años. Pero ahora podía ver, y era hora de cambiar.

Ashley cerró el portátil con un suspiro de alivio. Había terminado con eso, al menos por ahora. No sabía lo que le esperaba. Lo único que sabía era que estaría más cerca de lo que realmente quería. No creía haberse sentido tan agotada en toda su vida. Con desgana, giró la cabeza y miró la cortina, inmóvil en el aire inmóvil de la mañana. Parecía tan vacía de energía y de vida como se sentía ella.

Se sentía entumecida, carente de emociones, como si nada fuera a conmoverla de nuevo. Lanzó otro gran suspiro y apoyó la cabeza entre las manos, mientras el corazón le daba un tirón como de protesta ante aquella idea y se le hacía un nudo en la garganta al intentar contener la emoción que amenazaba, una vez más, con desbordarla.

Lo había conseguido. Acabó con la universidad, acabó con su antigua vida... y con su vida actual. Todo lo que tenía que hacer era encontrar una nueva vida. Una nueva vida por sí misma. Su carrera estaba destrozada, al igual que su corazón. Pero ella haría que ambos estuvieran completos de nuevo. Estaba decidida. A partir de ahora.

Se levantó de un salto y comprobó su teléfono. Zyir, otra vez. No había dejado de ponerse en

contacto con ella en toda la noche, pidiéndole una cita. Ella no había respondido a ninguno de sus mensajes y no tenía intención de volver a verle antes de marcharse. Todo este tiempo que había estado perdiendo su corazón por él, simplemente la había estado tomando por tonta. Bueno, ella ya no lo era.

Miró a su alrededor. No tardaría mucho en recoger sus cosas. Luego se subió a la moto y salió a la carretera, dondequiera que la llevara. Sería libre. Libre, repitió, tratando de crear emoción con la palabra. Pero ahora la sentía muerta y vacía.

Pero no se iría sin despedirse de Dayana y Talmon. Una mirada al reloj le confirmó que le quedaban un par de horas antes de que amaneciera y pudiera verlos.

Salió de la habitación para pasar el resto de las horas de oscuridad volviendo sobre sus pasos por el palacio, llenando su mente de recuerdos, que sería lo único que tendría para recordar la semana que había cambiado su vida.

¿Dónde demonios estaba? Zyir había ido a las habitaciones de sus hijos tras ser incapaz de encontrar a Ashley. Su habitación no había dado pistas. Estaba ordenada, con sus cosas guardadas en una mochila junto a la puerta, lista para desaparecer al amanecer, sin duda. Dudaba que se fuera sin despedirse de los niños. No dudaba de que se fuera sin despedirse de él.

Como seguro adicional, se había llevado su mochila a la suite infantil y allí esperó a que amaneciera y sus dos hijos se despertaran.

Al amanecer, Ashley fue a ver a los niños. Como no estaban, la llevaron a la terraza a esperarlos. En cuanto salió, miró a su alrededor. Al principio no vio a nadie. Pero supo que algo había cambiado. Incluso antes de mirar a través de los jardines, había algo diferente en el aire, como una sombra parpadeante que aliviaba a la tierra de la intensidad del sol, una luz danzante, como la luz del sol a través de las hojas.

Frunció el ceño. Se acercó al borde de la terraza y miró los jardines. Nada era como antes. A kilómetros de distancia, los jardines parpadeaban bajo una nube en movimiento. Para empezar, no sabía qué era. Parecía una nube inmensa que se movía de arriba abajo y de un lado a otro como una especie alienígena. Pero entonces le llegó el sonido, ligeros aleteos centuplicados. Y una mariposa se posó en su mano, parte de la nube que se abalanzó a su alrededor como dándole la bienvenida. Sintió un leve cosquilleo cuando se posó en el dorso de su mano durante un segundo, antes de volar con las demás -una nube marrón salpicada de naranja- llenando el cielo azul con su aleteo y su forma cambiante.

Pero éstas no eran las crisálidas que estaban adheridas a los cultivos y las flores de los jardines de abajo, había demasiadas. Miró hacia el oeste, donde estaban las montañas, y vio dónde empezaba la nube de mariposas. Observó cómo seguía su camino, posándose brevemente en los jardines de abajo -aportando nueva polinización, aumentando su vitalidad- antes de continuar su camino hacia destinos desconocidos.

No sabría decir cuánto tiempo permaneció de pie observando la cambiante nube de mariposas pasar sobre la tierra. Zyir siempre había imaginado una nube de langostas abalanzándose sobre los preciosos jardines de Irem y despojándolos de su generosidad. Pero aquí no había langostas. Sólo mariposas que traían el polen de las flores silvestres y se lo llevaban. Cerrando el círculo de la vida. Mientras miraba pasar la nube, pensó que nunca olvidaría ese momento.

Entonces oyó su voz y supo que tenía que irse. Nunca debería haber venido, nunca debería haber permanecido tanto tiempo en la terraza. Pero antes de que tuviera tiempo de marcharse, oyó a Zyir y a sus hijos entrar en la misma terraza en la que ella estaba. Se puso detrás de un biombo.

Lo primero que le llamó la atención fue que llevaba a sus hijos de la mano.

"Mira, Talmon, mira las mariposas".

Lo segundo que le llamó la atención fue su tono, ya no dominante, sino cálido y amable.

"Pero, papá, ¿qué hacen aquí?".

Permaneció en silencio unos instantes y Ashley contuvo la respiración, preguntándose qué iba a decir.

"¿Qué hacen aquí?" Respondió con voz de asombro. "Siguiendo su espíritu, siguiendo su corazón".

"¿Las mariposas tienen corazón?", preguntó Talmon.

Zyir se reclinó sobre sus ancas y rodeó con el brazo a sus dos hijos. "Todos los seres de este planeta tienen corazón. Si no, ¿cómo viviría?".

"¡Tonta!", dijo Dayana. "Necesitas un corazón para bombear sangre por todo el cuerpo". Miró a su padre, deseosa de confirmación. "¿No es cierto, papá?".

La sonrisa que le dedicó a su hija también derritió el corazón de Ashley, sobre todo cuando vio las mejillas de Dayana sonrojadas de placer. "Tienes razón, mi amor. Pero sus corazones son necesarios para algo más que eso". Miró a través del jardín, su mirada desenfocada ahora, como si estuviera mirando a un lugar lejano que sólo existía en su mente. "El corazón es necesario para el amor. Y la existencia no es completa sin eso".

"¿Así que las mariposas también necesitan amar?", dijo su hijo serio.

"Sin duda", dijo Zyir. "Necesitan la sangre que el corazón bombea por sus cuerpos". Señaló a su hija con la cabeza. "Y necesitan el amor que les proporciona estar con las otras mariposas".

Ashley se apoyó contra la pared, sintiéndose repentinamente débil.

"¿Adónde van?", preguntó Talmon.

"No lo sé, Talmon, pero vayan donde vayan, se llevarán su belleza con ellos y crearán una magia a su alrededor".

"Como Ashley", dijo Talmon, metiéndose un pulgar en la boca.

Zyir se puso rígido. Ashley observó cómo apretaba a su hijo contra su costado. "Sí, exactamente así".

Ashley no podía soportarlo más. No le importaba si pensaban que había estado espiando. Dio un paso alrededor de la pantalla.

Tres caras se volvieron como una sola para mirarla. El rostro de Talmon estaba radiante de felicidad, había olvidado su pulgar. Dayana sonrió. Pero fue el rostro de Zyir el que captó su atención y la retuvo. Nunca lo había visto tan vulnerable ni tan sorprendido. Se obligó a mirar a los niños mientras se acercaba a ellos.

"¡Ashley!", exclamaron los dos niños, antes de correr hacia ella. Se arrodilló, les abrió los brazos y les dio un fuerte abrazo. "Creíamos que te habías ido", dijo Talmon.

"No me iría sin despedirme", dijo Ashley.

Dayana se quedó boquiabierta. "¿Así que sigues yendo?", dijo en voz baja. El pulgar de Talmon rondaba ahora, listo para introducirse en su boca si necesitaba consuelo.

"No... no estoy seguro. Hay algo que tengo que hacer primero".

"¿Y entonces podrías decidir quedarte?", preguntó Talmon.

Ella asintió brevemente. "Tal vez", dijo en un susurro. Se encontró con la mirada de Zyir y

supo que no podría apartarla pronto.

“Niños, es hora de desayunar”, dijo Zyir con firmeza.

No era hora de desayunar, pero tanto Dayana como Talmon se comportaban demasiado bien como para cuestionar a su padre. Se volvió e hizo una seña a la niñera que estaba dentro de la habitación, y ella llamó a los niños que entraron, dejando solos a Ashley y Zyir.

Ashley se acercó al borde de la terraza para colocarse a su lado y siguió su mirada hacia las nubes de mariposas que se alejaban.

“Me pregunto adónde irán”, dijo, con la mirada fija en las mariposas. Sintió sus ojos clavados en ella antes de que él se volviera hacia el paisaje.

Se encogió de hombros. “¿Quién sabe? Pero dondequiera que esté, la gente alzará los ojos al cielo con asombro. Un espectáculo como éste no se ha visto en cien años”.

“Es suficiente para hacerte creer en la magia”, dijo ella, repitiendo la palabra que él había usado antes con sus hijos. Por el rabillo del ojo, le vio flexionar las manos sobre la pared. Luego se volvió hacia ella.

“Me oíste entonces. Me oíste hablar con los niños”.

“Sí, siento haberlo oído. Había venido a buscarlos, a despedirme”.

“Tienes intención de volver a la universidad entonces”.

“No. No voy a volver a Oxford. He dimitido”.

“¿Hiciste qué?”

“Renuncié a la universidad. Por algo que dijiste, sobre seguir lo que realmente estaba en mi corazón. Me mostraste que me estaría vendiendo por escribir un libro sobre algo que no me apasiona.”

“Bien. Entonces, es más fácil...” Se interrumpió, inusualmente inseguro.

“Todavía me voy, Zyir. Sólo he venido a despedirme”.

Extendió la mano y le acarició la cara con los dedos. Ella cerró los ojos, se giró y besó la palma de su mano antes de que se deslizara demasiado pronto. “No debes despedirte”.

“¿Preferirías que me fuera sin despedirme? ¿Simplemente que me fuera?”

“¿A pie? Imaginaba que irías en tu moto”.

“Realmente no tienes reparos en que me vaya, ¿verdad?”

“Te equivocas. La razón por la que no quiero que te despidas, es porque no deseo que te vayas”.

“Zyir, no hay nada que puedas decir...” Ella se detuvo a mitad de la frase cuando, con un rápido movimiento, él sacó de su bolsillo una caja de oro en forma de corazón y se arrodilló. “¿Qué estás haciendo?

“Cásate conmigo, Ashley.”

“¿Qué? Yo...” Sacudió la cabeza. “¿Qué estás haciendo?”

“¿No es obvio? Te estoy pidiendo que te cases conmigo”. Abrió la caja y sacó un impresionante anillo de compromiso. “Era de mi madre y quiero que lo lleves ahora”. Frunció el ceño ante el silencio atónito de ella. “Ashley, ¿no sabes que te quiero? Te quise desde el momento en que te vi bajar de la moto y entrar en mi vida. Supe con certeza que te quería cuando empezaste a contarme tus historias. Y supe en ese momento que nunca sería la misma sin ti. Por favor, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa?”.

Sacudió la cabeza, atónita. Ni en sus mejores sueños había imaginado que él le pediría matrimonio.

“Crees que soy demasiado precipitada, tal vez. ¿Crees que tres días y tres noches no son suficientes para enamorarse? ¿Hmm? Recurriré de nuevo a Rumi para que me apoye. *Los*

amantes no se encuentran finalmente en algún lugar. Están el uno en el otro todo el tiempo'. Otro día, otro año, no habría hecho ninguna diferencia. Nuestro amor existió el uno en el otro toda nuestra vida. Sólo nuestro encuentro es reciente".

De nuevo negó con la cabeza, desconcertada por sus argumentos.

"¿Necesitas más pruebas? Rumi, otra vez. '*Elige el amor, Elige el amor. Sin este hermoso amor, la Vida no es más que una carga*'".

"Por favor, Zyir, levántate". Ella tiró de su mano, pero él no se movió.

"No hasta que me des una respuesta a otra pregunta".

"¿Qué es eso?"

"¿Me amas? Viniste aquí buscando conocimiento. Quiero saber lo que encontraste".

"Zyir, toda mi vida quise ser independiente, ser libre para seguir mi propio camino, sin miedo a confiar en nadie. Y pensé que *era libre* hasta que te conocí, pero ahora me doy cuenta de que no lo era. En Irem, contigo, encontré la libertad que buscaba, no a través del conocimiento, sino del amor.

Cerró los ojos y, cuando volvió a abrirlos, la tensión había desaparecido. "Entonces quédate, Ashley. Quédate aquí conmigo".

Sonrió. "¿En tu harén?"

"Como mi esposa. Como mi reina. Dr. Ashley Maitland, ¿quieres casarte conmigo?"

Su sonrisa se amplió. "Definitivamente."

Por fin, Zyir se puso en pie. Todo lo que iba a decir fue tragado por su boca, que presionaba contra la suya, exigente e insistente.

"Sin embargo", dijo, cuando salió. "Creo que definitivamente deberíamos volver a visitar el harén. Había algo muy sexy en ser tomada para el harén del jeque".

"Considéralo hecho".

EPÍLOGO

Un año después...

ZYIR Y ASHLEY, AMBOS VESTIDOS CON TÚNICAS TRADICIONALES, OBSERVARON CÓMO EL EQUIPO de profesores universitarios que representaban a las principales universidades occidentales partía hacia el aeropuerto. El trabajo de Ashley sobre la arquitectura antigua de Irem había suscitado un gran interés en el extranjero y en el propio país, pero Zyir y Ashley se cuidaron mucho de gestionar ese interés. No tenían previsto que su país cambiara, pero tampoco querían que siguiera envuelto en el secreto. Formaban parte del mundo y querían asegurarse de que Irem y su gente fueran comprendidos, no envueltos en la ignorancia. Donde había ignorancia, había potencial para la inestabilidad y la guerra. Y ninguno de los dos quería eso para sus hijos.

Con Dayana y Talmon ocupados con sus estudios vespertinos, y sus distinguidos visitantes marchados, Zyir y Ashley no tuvieron que hablar en voz alta de sus deseos. Siempre fue así, pensó Ashley. Sobre todo ahora que estaba embarazada de seis meses.

Unas horas más tarde, Ashley yacía desnuda en la cama del harén, con sus arrugadas sábanas de seda medio caídas sobre las lujosas alfombras que ahora cubrían los antiguos suelos del harén. Con la luz del sol filtrada parpadeando sobre su redondeado vientre de embarazada de seis meses, y sus grandes pechos aún más grandes ahora, el esperma de Zyir pegajoso en su interior, derramándose sobre las sábanas, suspiró y acarició perezosamente su semilla alrededor de su sexo, comenzando al tocar su clítoris. Jadeó y abrió los ojos.

Zyir estaba sentado en la silla con forma de trono del jeque, frente a la cama, observándola. Tenía los ojos encapuchados, la bata abierta, cayendo al suelo, mientras enhebraba los dedos y se los llevaba a la boca. Él no hizo ningún movimiento, sólo le clavó los ojos con un deseo que la embriagaba, del que sabía que nunca sería capaz de vivir sin él.

Abrió más las piernas y siguió recorriendo con los dedos sus partes más íntimas. Sus ojos se oscurecieron de deseo, lo que la excitó muchísimo. Acababa de tenerlo y, sin embargo, lo deseaba de nuevo.

Le tendió la mano. “Zyir.” Era todo lo que tenía que decir.

Ella no opuso resistencia cuando él la hizo rodar suavemente hasta que quedó de rodillas, sosteniendo su peso con los codos mientras él la penetraba por detrás.

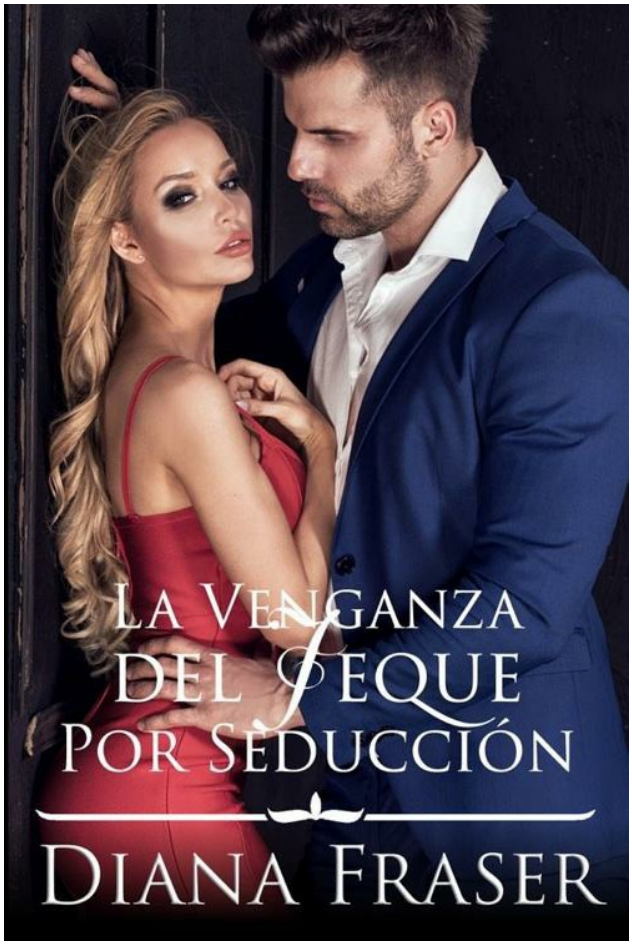
Permaneció dentro de ella hasta la empuñadura durante largos segundos antes de moverse, dándole placer con todo lo que tenía: sus dedos, su boca y su polla. Pero no había prisa. Tenían todo el tiempo del mundo para demostrarse su amor, dentro y fuera del harén.

Puede que no estuviera atada a su harén, pero sí que era esclava de las sensaciones que sólo él podía proporcionarle: en su mente, en su cuerpo y, lo que es más importante, en su corazón.

EL FIN

¿Te apetecen más romances de jeques? Entonces, ¿por qué no pruebas el primer libro de mi serie Secretos de los jeques? A continuación, un extracto.

La venganza del jeque por Seducción



Un jeque decidido a vengarse, una inglesa atrapada en una trampa, un amor innegable...

POSTFACIO

Estimado lector,

Tres días no es mucho tiempo para enamorarse. Pero he conocido a gente que dice haberse enamorado a primera vista y haberse casado a los pocos meses. A pesar de estar maltratados por relaciones anteriores, Zyir y Ashley supieron instintivamente que habían encontrado a su alma gemela desde el primer momento en que se vieron. Todo lo que tenían que hacer era abordar los problemas que les impedían unirse y abrazar su futuro. Nada fácil. Pero, con una conexión sexual como la suya, tenían un gran incentivo para hacer que funcionara.

La poesía de Rumi inspiró la historia de Zyir y Ashley. También lo fue la antigua ciudad de Yazd, en Irán -en la que se basa el país ficticio de Irem-, con sus edificios de adobe y sus atrapavientos que atraen hacia la ciudad las refrescantes brisas del desierto. Y, por último, cuando descubrí este artículo, supe que tenía que incluir las mariposas.

En mi nueva serie de jeques no hay mariposas, ¡pero sí muchos secretos! La serie **Secretos de los jeques** incluye una venganza secreta, un bebé secreto y un matrimonio secreto.

Me encantan los secretos, pero sólo en la ficción, ¡en la vida real son simplemente un problema! Si alguien quiere contarme un secreto, le pido que no lo haga. Porque soy un libro abierto y no quiero conocer los secretos de la gente, ¡por si se me olvida que son secretos y se me escapan! Pero la ficción es otra cosa. Conozco los secretos de estos jeques y los compartiré gustosamente con ustedes...

-Secretos de los Jeques-
La venganza del jeque por Seducción
El amor secreto del jeque
La trampa matrimonial del jeque
Secretos de los jeques (serie completa)

¿Qué le espera en el futuro? Siento una extraña fascinación por Oriente Próximo -con sus antiguas civilizaciones y culturas- a la que es difícil resistirse. Combine esta atracción con el romance y podrá contar con más romances de jeques. Porque a todos nos vendría bien un poco más de amor en nuestras vidas.

Como dijo Rumi:

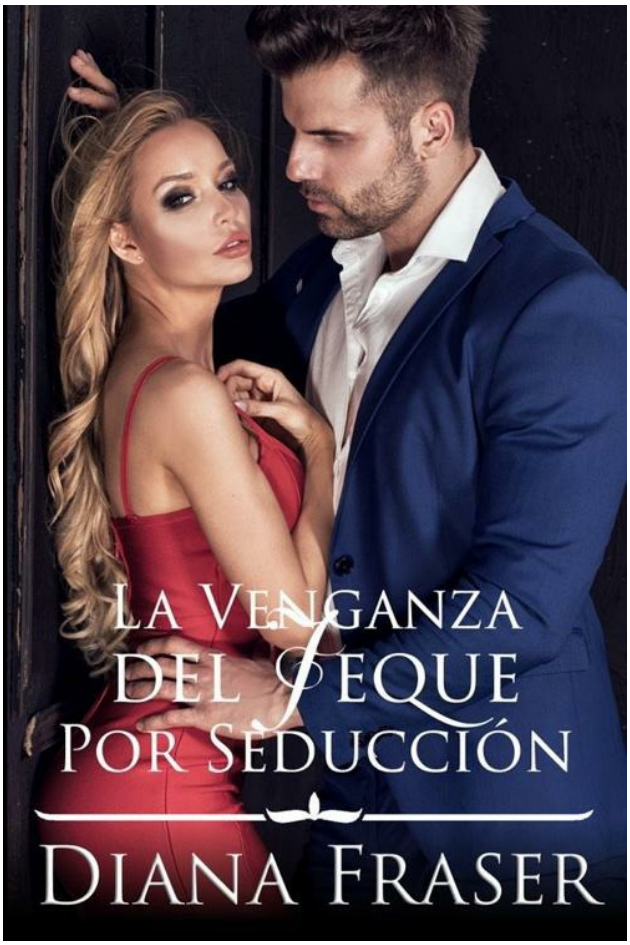
> “Elige el amor. Elige el amor.
> Sin este hermoso amor,
> La vida no es más que una carga”.

¡Feliz lectura!

Diana
dianafraser.com

LA VENGANZA DEL JEQUE POR SEDUCCIÓN

LIBRO 1 DE SECRETOS DE LOS JEQUES



Un jeque decidido a vengarse, una inglesa atrapada en una trampa, un amor innegable...

El jeque Rayan ibn Mohammed Aziz es tan intransigente como el desierto en el que se crió. Por eso, cuando su hermanastra es seducida, abandonada y arruinada por un aristócrata inglés de mediana edad, Rayan sólo puede vengarse de una manera.

Hija única de un famoso mujeriego, Lauren Alexandra Le Harivel es la niña de los ojos de su

padre. Mientras él vaga por el mundo en busca de placer, ella se queda sola para dirigir la finca familiar y soñar con una vida diferente. Pero cuando un oscuro y apuesto desconocido empieza a trabajar en la finca familiar y la hace sentirse bella y deseada, acepta regresar con él a su desértica tierra natal.

Pero lo que comenzó como un medio para descargar la ira de Rayan y vengar la muerte de su hermana se convierte en algo muy diferente bajo el calor del sol del desierto y su relación amorosa, que resulta aún más caliente...

Extracto

Rayan sintió un cosquilleo en el cuello y miró hacia la mansión cubierta de hiedra. Le pareció ver un movimiento en una de las ventanas del segundo piso, pero desapareció antes de que pudiera volver a comprobarlo. Quizá se lo había imaginado. Tal vez fuera simplemente el calor del sol de verano en su espalda. Había olvidado lo cálidos que podían ser los veranos ingleses. Las temperaturas no se acercaban ni de lejos al calor implacable del desierto de Ahmar, pero sí lo suficiente como para sudar. Especialmente cuando se herraba una yegua árabe como ésta.

Acarició el flanco del caballo y lo tranquilizó mientras éste emitía un graznido, como si percibiera la presencia de alguien de su parte del mundo. Cogió las riendas y llevó al caballo de vuelta al establo. Sólo cuando ella se sintió cómoda salió del establo, cerrando el cerrojo tras de sí. A través de la puerta del establo, la yegua asomó la cabeza como si se resistiera a romper la conexión. Rayan sonrió y frotó el hocico de la yegua, murmurándole en árabe palabras cariñosas, palabras de amor que sólo pronunciaba con los animales. Los animales nunca le traicionaban. Siempre que se les tratara bien, se podía confiar en el amor de un animal.

De repente, el caballo agitó las orejas y sus ojos se desviaron hacia un lado. Rayan no se volvió inmediatamente, aunque, al igual que el caballo, se daba cuenta de que les estaban observando. En lugar de eso, se tomó unos instantes para calmar a la yegua antes de girarse lentamente y descubrir a una chica, cuyos rasgos estaban oscurecidos por el sol, de pie a la entrada del establo, mirándole. La decepción le invadió. Esperaba ver a la señora de la mansión, la alta y poderosa Lauren le Harivel. Pero llevaba aquí una semana y aún no la había visto.

Estaba a punto de volver a sus tareas cuando la chica se le acercó. Era bajita, delgada y vestía vaqueros y una camiseta de tirantes que dejaba al descubierto unos hombros pálidos y una evidente falta de busto. Su mirada se detuvo unos instantes en el collar de coral que llevaba. Le trae recuerdos de otro collar de coral, de otro país y del amor de alguien a quien entonces no apreciaba.

Dejó que su mirada se moviera perezosamente sobre su pelo rubio, pero recogido en una severa y larguísima coleta, antes de mirarla a los ojos. Sus ojos eran muy azules, muy penetrantes. Eran ojos que sin duda pertenecían a una mujer adulta, no a una niña. Se quedó inmóvil. *Era* ella. Y, sin embargo, su aspecto era diferente al de sus fotos.

Al acercarse, vio que no llevaba maquillaje en su pálido rostro. Pero lo que llamaba la atención eran sus modales y su aire de autoridad, que sólo se reflejaba en sus ojos. Le tendió la mano y se presentó con voz grave y ronca, en total desacuerdo con su aspecto tímido.

“Hola, creo que no nos conocemos. Soy Lauren le Harivel.”

Comprar ahora

OTRAS OBRAS DE DIANA FRASER

-British Billionaires-

El matrimonio por contrato del multimillonario

El CEO imposible del multimillonario

El bebé secreto del multimillonario

Conjunto de libros de multimillonarios británicos (serie completa)

-Los jeques del diamante-

A las comando del jeque

A las órdenes del jeque

El placer del jeque

Diamond Sheikhs Boxed Set (serie completa)

-Secretos de los jeques-

La venganza del jeque por seducción

El amor secreto del jeque

La trampa matrimonial del jeque

Secretos de los jeques (serie completa)

-Los jeques de Havilah-

El bebé secreto del jeque

Comprado por el jeque

La amante prohibida del jeque

Ríndete al jeque

Llevada al harén del jeque

The Sheikhs of Havilah Boxed Set (serie completa)

-Reyes del desierto-

Se busca: Una esposa para el jeque

La novia de ganga del jeque

La amante perdida del jeque

Despertada por el jeque

Reclamada por el jeque

Se busca: Un bebé para el jeque

Caja de los Reyes del Desierto (1-3)

Caja de los Reyes del Desierto (4-6)

Caja de los Reyes del Desierto (serie completa)

-Romance italiano-

La amante perfecta del italiano

Seducida por el italiano

El italiano apasionado

Una Navidad accidental

Romance italiano en caja (serie completa)

- Romances contemporáneos de pueblos pequeños-

-Los Mackenzie-

Un lugar llamado hogar

Secretos en Parata Bay

Escapada a Shelter Springs

Lo que ves en las estrellas

Segunda oportunidad en Whisper Creek

Verano en el Lakehouse Café

The Mackenzies Boxed Set (Libros 1-3)

La caja de los Mackenzie (Libros 4-6)

La caja completa de los Mackenzie

-Lantern Bay-

Tuyo para dar

Tuyo para atesorar

Tuyo para atesorar

Tuya para siempre

Para siempre

Tuya para amar

Lantern Bay Box Set (Libros 1-3)

Lantern Bay Box Set (Libros 4-6)

Caja completa de Lantern Bay

-Romance medieval-

Reclamar a su dama

Seduciendo a su dama

Despertando a su Dama

Caballeros de Norfolk (1-3)

Defendiendo a su Dama

Honrando a su Dama

* * *